



EPOCA 4.^a — AÑO XI. — TOMO IX.

NÚMERO 6 — Madrid 25 de Febrero de 1886.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	16 rs.
Seis meses.....	30 »
Un año.....	60 »
CURA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 »

PROPIEDAD
DEL ASILO DE HUÉRFANOS
DEL
SAGRADO CORAZÓN DE JESUS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y MÉJICO	
Seis meses.....	3 1/2 ps. fs.
Un año.....	6 »

SUMARIO

TEXTO.— *La Decena*, por Blas. — *Crónica universal*, por X. — *Carta de Roma*, por J. M. — *Los Grabados*, — *Crónica literaria*, por D. Amalio Rivas. — *La desamortización considerada en su aspecto artístico* (continuación), por D. José María Antequera. — *¡Chist...!* — *Robespierre* (continuación), por D. C. Suárez Bravo. — *Historia de las viruelas*. — *Ethnografía*. — *Bibliografía*. — *Conocimientos útiles*. — *Miscelánea*.
GRABADOS.— *Vista general de Atenas y de sus nuevas fortificaciones*. — *Apuntes del Real monasterio de Rueda, Zaragoza (Escatrón)*. — *La Orfandad al pie de la Cruz*. — *Escena del cólera en Italia*.

Por designación expresa de Ernestina, lo que equivalía á un nombramiento para sus compañeras, ha sido elegida, por aclamación, Presidenta de la Asociación del Asilo, la Excm. Sra. Doña Adela Salmón de Suárez, que desempeñaba hasta ahora el cargo de Secretaria.

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA saluda respetuosamente á su nueva Presidenta, en la cual ve una firme garantía de la prosperidad del Asilo y de todas sus obras.

Dios le conceda largos años de vida, como es de esperar, para que continúe la admirable empresa de Ernestina, siendo como ella, por su caridad incansable y sublime, otra madre de los pobrecitos huérfanos.

pierda por completo la noción del *fetichismo*, al que vemos arrojado con fiera independencia del altar de nuestras preocupaciones.

Aunque así no fuera, y aunque me pareciese malo el estudio dramático (que así le llama el autor, para ser original en todo) que, con el título de *El Bandido Lisandro*, se ha puesto en escena en el clásico coliseo, no sería yo quien empuñase el escarpelo de la crítica para diseccionar bellezas que acaso á mí me parecieran ya suficientemente *disecadas*, ó poner de manifiesto defectos que siempre se encuentran en toda obra humana, aunque sea la obra de un genio tan superior como Echegaray.

Ni soy ni aspiro á ser crítico; es más (y quiero ponerles á ustedes en el secreto, por lo mismo que les considero como buenos amigos), estoy avergonzado de los poquísimos alcances de mi juicio en materia de críticas. Y si supiera que no se lo contaban ustedes á nadie para ponerme en ridículo, diría algo más... ¡Qué diantre! Lo voy á decir para que sirva de expiación á mis pecados de ignorancia.

¿Querrán ustedes creer que, á pesar de haber leído los calurosos artículos de la crítica periodística, en los que se evidencia tan claro como la luz del día que *El Bandido Lisandro* es una obra de arte acabada... (¡vaya, si casi no me atrevo á completar la frase!), á mi estólida comprensión sólo se me presenta como una obra muy *secundaria*, y si trato de esforzar mi

estrechísimo juicio para colocarla en una categoría superior, no se me ocurre otra calificación que la de *obra prima*?

¿Les parece á ustedes que podría alardear de crítico quien, como yo, no acierta á dejarse convencer por los maestros de que el susodicho *Bandido* es una joya, dramática y literariamente considerado?

Ni el mismo Lisandro me convence (y eso que habla como un académico) de que su personalidad esté acomodada á las prescripciones del arte, porque no acierto á ver en esa creación sino un tipo convencional, un carácter de *fantoche*, que se mueve, no por el impulso interior de los resortes de la pasión, sino por la tracción externa de los alambres que le sujetan á la mano del director; un héroe de leyenda tan bonachón y acomodaticio, que al són que le tocan baila.

Ya ven ustedes la muestra de lo que da de sí mi desdichado caletre cuando me meto á juzgar lo que no entiendo. Así, pues, abdicó mi criterio propio y me limito á decir, por boca de los que tienen la obligación de saberlo, que *El Bandido Lisandro* está á la altura de las mejores obras del teatro antiguo y moderno.

Me alegro muy de veras: en primer lugar, porque será una honra para nuestra literatura dramática ver que los teatros extranjeros, ante la unánime explosión de aplauso de la prensa española, se apresu-

LA DECENA

El acontecimiento literario de los últimos días ha sido el estreno de una nueva producción dramática del Sr. Echegaray (D. José) en el teatro Español.

Hemos convenido en que cada estreno del eminente dramaturgo ha de ser necesariamente un acontecimiento, y por eso lo he llamado así. Y, á título de tal acontecimiento, estoy en el deber de consignarle en esta revista.

A no ser por esto, tal vez habría hecho caso omiso de este suceso memorable en los fastos teatrales, confundiéndole, en mi torpe criterio, con uno de tantos estrenos como pasan por nuestra escena, á manera de meteoros, sin dejar tras sí más que una fugaz impresión en la retina, un confuso hormigueo en el tímpano y un recuerdo anodino en el cerebro.

Hemos convenido también en que la crítica no tiene voz ni voto para juzgar las obras dramáticas de Echegaray, especie de poder inviolable que nos hemos creado los súbditos de la literatura, sin duda para que no se



VISTA GENERAL DE ATENAS Y DE SUS NUEVAS FORTIFICACIONES.

ran á traducirla y representarla; en segundo lugar, porque el público de Madrid acudirá cuarenta noches seguidas á llenar literalmente (según la frase convenida) el coliseo Español y, por ende, la caja de la empresa; y en tercer lugar, porque el pobre *Lisandro* me inspira cierta simpatía por sus inofensivas cualidades, y mientras le vea pisar en libertad las tablas, no tendré el escozor de si le habrá echado mano la Guardia civil.

**

El Municipio de Madrid parece que entra con resolución en el camino de las reformas que la opinión reclama con más ahínco. Después de las visitas, que es de esperar se repitan con frecuencia, á las tahonas y otros establecimientos públicos donde se expenden artículos de primera necesidad, ha acordado, en una de sus anteriores sesiones, importantes rebajas en el adeudo de la mayor parte de los géneros más necesarios á la alimentación.

El sacrificio que con estos beneficios para el vecindario se impone el Ayuntamiento es de gran cuantía, como que renuncia á un ingreso de *treinta y cinco millones de reales*, próximamente, en el presupuesto municipal. En cambio de este sacrificio, abriga la legítima esperanza de que el comercio de buena fe abarate proporcionalmente los artículos y desaparezca el escandaloso fraude que se viene haciendo con el matute; único modo de que resulte beneficiado el consumidor, sin grave detrimento de las arcas municipales.

El propósito no puede ser más laudable; sólo falta que sea honradamente secundado por los comerciantes y no sirva de pretexto para que éstos hagan su agosto á expensas del Ayuntamiento.

**

Después de dar este merecido aplauso á nuestro Municipio, no parece muy oportuno recordar que no se cumplen los bandos de policía urbana en muchas de sus disposiciones; pero no hay más remedio que repetirlo, en vista de que también se repiten las extralimitaciones de la raza canina.

Los perros no harían daño si no mordiesen, y no morderían si llevaran bozal, y no andarían sin bozal si los dependientes de la autoridad hiciesen cumplir los preceptos del Sr. Alcalde.

De poco servirá que se abaraten algunos céntimos los artículos de primera necesidad, si hay que gastar en arnica en un día todo lo que se ha ahorrado en un año en arroz y petróleo.

**

Y cada vez que hablo de policía urbana, me asalta, sin poderlo remediar, el recuerdo de un edificio del Estado, que se ríe, en las barbas del mismo Ayuntamiento, de las medidas que éste toma al señor Ornato Público para vestirle con la decencia y elegancia que exigen las condiciones de una capital culta.

El Gobierno civil de la provincia sólo está separado de la Casa de Villa por un callejón de dos metros de ancho; de manera que puede oír fácilmente las discusiones que se entablan y los acuerdos que se toman por los señores concejales respecto á la restauración de las fachadas de aquellas casas que desentonan, con su feo aspecto, el cuadro de la estética urbana. Y cada vez que oye dictar órdenes apremiando á los propietarios morosos para que revoquen sus fincas, le acomete un acceso de hilaridad que se refleja en su resquebrajada fisonomía, de la cual se desprenden pústulas rojizas y cascotes de epidermis, que dejan al descubierto repugnantes llagas de ladrillo gangrenado y exfacelo de hormigón.

Verdad es que después de esta risa histérica suele venir una reacción de llanto en los días lluviosos, y entonces se ven correr por aquellas mejillas verdinegras gruesos chorros de lágrimas, capaces de enternecer á las piedras de la acera por donde se deslizan en majestuosa cascada desde las paredes, más cascadas todavía.

Es un espectáculo que inunda de pena el corazón y de agua el calzado, cuando se pasa por delante de ese lacrimoso edificio en un día de aguacero.

Dicen algunos, mirando esa fachada á la luz del sol, que es un padrón de ignominia para el ornato público. No exageremos las cosas: no hay tal *padrón*; cuando más, podrá decirse que es una *cartilla* bastante deteriorada y que está pidiendo renovación.

**

Parece que no se abandona, antes bien, se acaricia y halaga la idea de sustituir la fuente de la Puerta del Sol por un gran mazacote de piedra, que servirá de base á una farola monumental, si no por sus condiciones artísticas, al menos por sus dimensiones

geométricas y por la gran potencia luminica de su mechero.

No quiero meterme en averiguar á qué trascendental pensamiento obedece y qué ventajas prácticas va á producir al vecindario de Madrid esa reforma. Lo que sí tengo de antemano averiguado es que con ella no ganará nada el aspecto general de la Puerta del Sol, que si hoy aparece ya reducida á insuficiente para las necesidades, cada día mayores, del tránsito de carruajes y de la circulación individual, resultará necesariamente más ahogada y más estrecha cuando se intercepte la vista de una á otra acera con ese artefacto luminoso y con la colocación á su alrededor de kioscos y demás construcciones, que parece se proyectan, para fines industriales y naturales.

Ello es indudable que cuando el Municipio acoge ese proyecto, sus razones tendrá para ello; pero confieso que á mí no se me alcanzan.

En cambio, si viese que se proyectaba poner cubiertas al infinito número de bocas de riego que carecen de ella, con inminente riesgo del descuido del transeúnte; si me dijese que se pensaba reemplazar el alumbrado *nominal* de gas en la vía pública por el de petróleo ó el de aceite de olivas, que al fin sería alumbrado *de verdad*; si se tratase de completar el alcantarillado de la villa y sus barrios, haciendo innecesario el procedimiento de la limpieza de los pozos negros y la circulación nocturna de esos hediondos receptáculos que se llaman *carros de Sabatini*; si se estudiase, ó mejor dicho, si se tuviese ya aprendido cómo deben confeccionarse y conservarse las mangas de cuero, para que, llegado el caso de combatir un incendio, no se revienten por doscientas partes y sean un motivo más de confusión y de entorpecimiento, en vez de un medio de salvación; si se acometiesen otras muchas reformas prácticas, positivas, necesarias, reclamadas por los intereses y la comodidad del vecindario, no me vería tan apurado para comprender su objeto, como me veo ante el pavoroso problema de la desaparición de la fuente de la Puerta del Sol.

He oído decir á varias personas que ese proyecto no llegará á realizarse, porque es absurdo. Yo creo que lo único que aquí hay de absurdo es la lógica de los que así discurren. El razonamiento, para acomodarse á la lógica moderna, debería expresarse así: ¿El pensamiento es absurdo? Pues se realizará.

**

Algo más difícil que ver desaparecer el elegante surtidor de la Puerta del Sol, se consideraba hace poco tiempo el ver aparecer en Madrid el argentino surtidor de corcheas y semifusas de Adelina Patti, y sin embargo, hoy es cosa corriente y clara como el agua del Lozoya... cuando no viene turbia.

La opulenta artista, la diva *carísima*, en italiano, á los que saben de música lo bastante para llamar á este arte *bel canto*, y *carísima*, en español, á los empresarios de ópera, se halla en Barcelona y dentro de pocos días estará en Madrid, donde se la hará un recibimiento de *primitivo cartel*.

Excusado es decir que los *dilettanti* y muchísimos que creen serlo porque han frecuentado las tertulias improvisadas en los palcos del teatro Real, han acudido *presto, prestísimo* á la contaduría del coliseo de la Zarzuela á depositar el importe de sus abonos, que cubren ya las localidades de mayor precio.

No se sabe aún á punto fijo qué clase de música, ni con qué clase de cantantes, ni para qué clase de público cantará la señora Patti; pero se sabe que cantará, y que cantará caro, y esto basta para que se llene el teatro. Porque, eso sí, podrá faltarnos verdadero amor, verdadero entusiasmo y verdadero conocimiento del arte, pero nos sobra vanidad y amor propio para gastar nuestro dinero cuando se trata de una cuestión de *honra nacional*.

**

Ignoro si la Patti habrá pensado visitar alguna capital de Andalucía. La prensa no ha hablado de esto; pero algo ha debido susurrarse en aquella región del Mediodía, aun cuando no haya habido fundamento para suponerlo.

Me fundo en una noticia que mis lectores habrán visto hace pocos días en los diarios, y que decía, poco más ó menos, que en el transcurso de cuatro meses se habían exportado de Málaga, para la América del Sur, nada menos que *dos mil jilgueros*.

Estos simpáticos pajarillos han temido, sin duda alguna, la competencia con la Patti, y han preferido expatriarse á reconocer la superioridad de la diva en trinos, gorjeos, arpegios y modulaciones.

BLAS.

CRÓNICA UNIVERSAL



GRACIAS á Dios, el célebre Kulturkampf ha concluido. La Iglesia católica va á recobrar su libertad en Alemania después de largos años de persecución y de cautiverio. Verdad es que el proyecto de ley presentado por el Gobierno de Prusia á la Cámara del Landtag no satisface plenamente los justos derechos y legítimas aspiraciones de los católicos alemanes; pero la nueva ley cierra el período de la persecución y abre el corazón á la esperanza de mayores conquistas.

Bismarck, hombre al fin de inteligencia privilegiada, ha concluido por reconocer la fuerza incontestable de la Iglesia católica, y á pesar de sus declaraciones terminantes de no ir á Canosa, es decir, de no buscar la reconciliación con el Papa, ya está llamando á las puertas del Vaticano, deponiendo, como hombre de inteligencia superior, las sugestiones del amor propio ante los intereses del Imperio alemán y de la sociedad europea.

Hasta hace poco la mano del Canciller de hierro pesaba sobre todos los católicos alemanes, privados de sus Pastores y de sus sacerdotes; movía el furor impío de Francia; alentaba la codicia y el odio de los usurpadores de Roma; expulsaba al Nuncio de Bruselas; fomentaba nuevas persecuciones en el territorio moscovita, y mientras contenía á Austria halagaba en España á los revolucionarios. Pero este plan no podía dar sino funestos resultados, y Bismarck hace tiempo que comenzó á desengañarse.

De aquí la retirada paulatina y constante de las leyes de Mayo; de aquí el arbitraje del Papa; de aquí ahora el proyecto de ley presentado á la Cámara de los Señores. Lo que el Papa decidirá sobre ese proyecto, sometido al examen de una congregación de Cardenales, no lo sabemos, pero sí sabemos que el Obispo de Fulda, miembro de la Cámara, aprueba el proyecto, así como otras dignidades de la Iglesia en Alemania; y sabemos, sobre todo, que en la lucha, ya próxima á terminar, por lo mismo que la Santa Sede mantiene inflexiblemente sus derechos, la evidencia y la justicia de éstos acabarán por imponerse á Bismarck.

León XIII acaba de conseguir uno de los más insignes triunfos de su pontificado. Esperamos que no será el último.

La cuestión de Oriente sigue poco más ó menos en el mismo estado en que la dejamos al escribir la última decena.

Las negociaciones entabladas en Bucharest para la celebración de la paz definitiva entre Servia y Bulgaria han sido suspendidas, porque la Puerta ha declarado que quería examinar previamente las condiciones convenidas por los plenipotenciarios.

Entretanto continúan los aprestos guerreros en Grecia, donde han sido llamadas todas las reservas de gente de mar para completar las dotaciones de la escuadra, la cual á su vez ha sido reforzada con varios torpederos. Por su parte el Gobierno turco no se duerme, y se habla en Constantinopla del envío de 100.000 hombres con el ánimo de apoderarse de Atenas.

Repetimos lo que tantas veces hemos dicho: la enfermedad crónica que padece el Imperio turco tendrá muchas alternativas hasta que termine con el poder de la media luna.

Esta enfermedad está sostenida con paliativos, pero es mortal de necesidad. El problema grave consiste en saber quién engordará con sus despojos. El bocado es exquisito, y hay muchos que lo apetece.

En Portugal ha cambiado el Gobierno, pasando el poder de los conservadores á los progresistas. La cuestión que ha motivado la crisis ha sido la de Hacienda, pues el Gobierno dimisionario trataba de aumentar los impuestos.

El presidente del nuevo Gabinete es D. Luciano Castro, jefe del partido progresista. El Gobierno será muy reformista.

Aunque se ha calmado en la superficie la agitación socialista de Inglaterra, en el fondo hierven las pasiones revolucionarias.

El Gobierno ha procedido con harta debilidad en la persecución de los amotinados, y la impunidad es fuente perenne de nuevas reincidencias.

Verdad es que la situación es gravísima, porque el protestantismo ha creado la plaga del pauperismo, que no se cura á cañonazos. Sólo las máximas del Evangelio y las instituciones católicas pueden combatir con fruto esta plaga, que amenaza envolver en ruinas á la sociedad europea.

El Papa lo ha dicho y repetido muchas veces. Su voz es la del piloto que ve zozobrar la nave y conoce de dónde vienen los vientos salvadores. Quiera Dios que esta vez se imponga á todos los que rigen las naciones para que no perezcamos en el naufragio que nos amenaza.

En Friburgo se piensa crear una universidad católica, pues los católicos suizos no tienen todavía ninguna universidad, mientras que los protestantes cuentan con varias, tales como la de Basilea, Zurich, Berna y Ginebra. Además hay la circunstancia de que los suizos católicos podrían hacer sus estudios técnicos sin acudir á las universidades del extranjero y evitar con esto mayores gastos.

El estudio mismo será más práctico y mas provechoso en lo que toca á la disciplina; porque la enseñanza se dará en conformidad con las relaciones, costumbres y usos del país.

Corroborar más la idea de esta fundación el que los sacerdotes y las autoridades civiles del cantón de Friburgo, como también toda la población católica de la ciudad, han acogido con grandes simpatías el proyecto, y por tanto no habrá grandes dificultades para reunir los fondos necesarios.

En la nueva universidad se enseñarán desde luego la Teología, Jurisprudencia, Filosofía, Historia, Ciencias naturales y Matemáticas.

El edificio de la universidad será probablemente el mismo que hoy ocupa el colegio de jesuitas, con todas sus dependencias.

El profesorado será de lo más selecto, y según asegura un corresponsal, ya ha aceptado un puesto de profesor el célebre apologista de Würzburg, Herr Hettinger, tan conocido en todo el orbe católico.

¡Dichosos los católicos suizos si consiguen su objeto! En la católica España no llegamos á tanto.

La exposición universal que se proyectaba en París para el año de 1889, puede decirse que ha fracasado por la intemperancia de los republicanos, que trataban de dar á este certamen un color marcadamente político, por ser esta fecha el centenario de la Revolución francesa. La exposición resultará nacional solamente, y aun en esto habrá mucho que rebajar por el retraimiento de los conservadores.

¡Lo que va ganando Francia con las conquistas revolucionarias!

A propósito de exposiciones debemos citar aquí la que acaba de abrirse en Copenhague. Se compone de una curiosa y rica colección de objetos etnográficos que ha traído la *Expedición danesa al Oeste de la Groelandia*, dirigida bajo las inmediatas órdenes del teniente Holm.

Esta expedición penetró en el verano del 84 en la costa oriental de la Groelandia, hasta llegar á comarcas que aun no habían sido visitadas por blancos. Invernó en Agmasalik con una tribu de esquimales, que nunca hasta ahora se había puesto en relaciones con la raza blanca, y que vive allí aislada y abandonada á sí misma, si se exceptúa el insignificante comercio de cambio que hace de sus productos con la débil población de esquimales durante el verano.

Sin embargo de esto, aquellos Robinsones del Norte han demostrado que tienen grande habilidad artística, como lo prueban los objetos remitidos á la exposición de que hacemos mérito. Utensilios de toda clase, vestidos, pieles de zorro, de oso, huesos y espinas de pez, abundan en aquella exposición.

De hierro son las primeras materias con que trabaja allá la industria primitiva; pero las armas de fuego no son conocidas. Para la caza, como para la pesca, se sirven del arco y de la flecha, de lanzas y de harpones provistos con puntas que hacen de huesos y de hierro.

Los partidarios de los estudios prehistóricos tienen que aprender aquí á no exagerar sus cronologías.

Acaba de morir en Roma el representante de la más encumbrada aristocracia italiana, el príncipe de Torlonia, hombre opulento y de una piedad acrisolada. Su testamento ha merecido ser reproducido por muchos periódicos de Europa, como obra ejemplar de un noble cristiano.

Escrito en forma de carta dirigida á su hija única María Torlonia, duquesa de Ceri, empieza así:

«Pido á Dios que te proteja y te dé las luces necesarias para que todas tus acciones sean honradas y obtengas por ellas la vida eterna, objeto principal al que debemos aspirar en la tierra.

»Y después de esto, inspirado por el amor que te tengo, ante todo recomiendo mi alma á la Santísima

Virgen Inmaculada y á su esposo el bienaventurado San José para que, por su intercesión poderosa, pueda lograr la gloria eterna del Paraíso. Mi cuerpo, una vez cadáver, debe ser vestido con el hábito franciscano, y quiero que en mis funerales se prescinda de la pompa y de las comitivas que son de costumbre.»

Después de esto, entra de lleno en las disposiciones pecuniarias respecto del patrimonio que deja y que él aumentó considerablemente. En atención á los robos que á título de bienes nacionales y anexiones puede cometer el Gobierno usurpador de Roma, y refiriéndose al gran asilo fundado por él, le dice textualmente á su hija:

«Seguirás sosteniendo el asilo que he fundado, en el mismo estado y condiciones en que se encuentre á la hora de mi muerte; pero si la autoridad, cualquiera que sea, quiere intervenir en él, lo mandarás cerrar en el acto.

»También seguirás pagando las pensiones y dando las limosnas que yo pagaba y hacía.»

Y concluye así:

«Te abrazo, hija querida, con todo el afecto paternal, y te recomiendo que imites las virtudes angélicas de tu madre, mi amada esposa. Y á ti, Julio (su yerno), te recomiendo una unión perfecta, una concordia afectuosa, y que nunca te olvides de mantener á la altura debida el nombre de la familia, como yo lo he hecho. También te recomiendo que en estos tiempos difíciles que atravesamos des una buena educación religiosa á tus hijos, á fin de que honren á la patria, sin que jamás lleguen á confundir ese sentimiento con el que emana del espíritu revolucionario, que frecuentemente degenera en tiranía y libertinaje.

»De nuevo te recomiendo no olvides el lustre de nuestra casa, no por ostentación, y menos por orgullo, sino por respeto á la situación en que, gracias á Dios, se encuentra la familia cuyos timbres y bienes heredas.»

El príncipe ha dejado cuantiosos legados á los pobres y al Dinero de San Pedro. Su muerte ha sido una inmensa pérdida para Roma.

Vamos á terminar esta crónica con un relato conmovedor, prueba palpable de la vitalidad inagotable de la fe cristiana, que hoy, como en los primeros siglos de la Iglesia, engendra heroicos confesores de Cristo. Es una carta de un misionero del Tonkín, donde los fieles están padeciendo un martirio constante desde que empezó la guerra con los franceses. Dice así:

«Un solo hecho dará á ustedes idea de la ferocidad de nuestros enemigos. Los vecinos de la aldea cristiana de Bac-Nham, para librarse del furor de los rebeldes y poder resistirlos, se refugiaron al pie de una roca que contiene gran número de cuevas, y construyeron un parapeto de tierra en torno de la roca.

»Los refugiados, en número de 600 próximamente, no disponían más que de 250 hombres capaces de llevar las armas, que eran en junto ocho fusiles y algunas lanzas.

»El 14 de Noviembre vinieron á sitiarles 2.000 rebeldes provistos de fusiles y cañones. Nuestros cristianos lograron durante dos días mantenerlos á distancia; pero perdieron 10 hombres, más 20 gravemente heridos que quedaron fuera de combate. Los sitiadores, para concluir en breve, rodearon la roca con una fuerte empalizada, resolviendo quemar á nuestros neófitos. Todos los paganos de los alrededores, hombres, mujeres y niños, amontonaron al pie de la roca paja, leña y toda clase de combustibles, prendiendo en seguida fuego.

»Nuestros cristianos estaban encerrados en las cuevas á 10 y 15 metros debajo del suelo. Para que el humo penetrase más fácilmente en las cuevas, los monstruos se valían de largas varas á cuyo extremo ponían paja encendida, recurso infernal de que estuvieron valiéndose durante cinco días. Los sitiados, sofocados entre nubes de humo, apenas tenían agua para refrescar sus abrasadas fauces.

»La situación no podía ser más crítica. Ocho cristianos resolvieron abandonar sus guaridas para proponer las bases de la capitulación, y en el momento de presentarse ante los sitiadores, fueron decapitados por éstos. Más tarde, una pobre mujer que se moría de sed, decidióse á bajar con su hijo de 10 años, también fué degollada implacablemente contra la costumbre generalmente observada en Annam de respetar la vida de las mujeres y de los niños. El de 10 años, herido de un sablazo que le cortó la mejilla desde la oreja hasta la boca, cayó al río lleno de agua y de cieno.

»A Dios gracias, dos sacerdotes annamitas estaban con nuestros neófitos para consolarlos, confesarlos y exhortarles á morir con valor.

»La noticia de la situación desesperada en que se encontraban nuestros hermanos, llegó al fin á nuestra residencia. A toda prisa se organizó una columna fuerte de 300 hombres escogidos para hacer levantar el sitio á todo trance. Uno de mis compañeros, el Padre Klinger, les acompañó para sostener el valor de los libertadores y morir con ellos en caso de necesidad. Llegados al teatro de los acontecimientos, era preciso abrirse paso hasta la roca por entre los 2.000 hombres que la sitiaban. Sus gritos, más que feroces, unidos al ruido ensordecedor de un centenar de tambores, ponía espanto en los corazones más esforzados.

»Largo sería contar las peripecias de la sangrienta lucha.

»Delante de la roca había una serie de campos cuajados de espinos, tras de los cuales se resguardaban los paganos. Gracias á algunos buenos fusiles, y gracias, sobre todo, á la sangre fría de nuestros hombres, los enemigos, después de una lucha larga y encarnizada, se vieron obligados á retroceder de trinchera en trinchera. El desorden empezó á cundir en sus filas, y lanzados de sus últimas posiciones, huyeron, dejando sobre el terreno más de 60 muertos.

»Derrotado el enemigo, era necesario escalar la roca y subir hasta las cuevas en que se guarecían tantas víctimas, pero todas las piedras, gracias al fuego, se habían convertido en carbones encendidos. En esto empezó á caer una lluvia abundante, gracias á la cual el fuego se apagó, refrescándose el suelo.

»Al fin, salvadores y salvados, pudieron verse y abrazarse. Imposible describir la escena.»

La carta termina así:

«He aquí cuál era antes del 14 de este mes el balance de nuestras pérdidas: seiscientos cristianos próximamente degollados, y más de noventa y cinco aldeas saqueadas y quemadas.

»Tales eran, repito, nuestras pérdidas antes del 14. Al comenzar esta carta ignoraba toda la extensión de nuestras desgracias. Hoy mismo acabo de saber que la parroquia de Lang y la misión del Laos, de que no teníamos noticia hace tiempo, han desaparecido; que el P. Satro, herido el 3 de Diciembre en una salida, murió el 5, y que en los días siguientes, dos sacerdotes indígenas que estaban con él, un diácono y diecisiete catequistas, fueron degollados en compañía de otros 1.000 cristianos, 600 de cuyos cadáveres fueron literalmente destrozados.

»Véase á lo que ha quedado reducida la misión del Tonkín meridional.

»Como consecuencia de todos estos inenarrables desastres, en nuestra residencia hay más de 6.000 cristianos hambrientos á quienes no tenemos que dar otra cosa que arroz.»

¡Qué ejemplos para los que nos creemos héroes de la fe porque no somos tan malos como los sectarios de la impiedad moderna!

X.

CARTA DE ROMA

Roma 18 de Febrero de 1886.



Me place en el alma empezar esta carta con un argumento muy suave y agradable para todos los que se precian del nombre de católicos y de la patria española. Entre los caracteres propios de la verdadera Iglesia figura el de la santidad, y éste, como es tan sabido, confirmase diariamente, no sólo por la santidad, cada vez más brillante, de la ley de Cristo, sino también por el maravilloso ejercicio de virtudes heroicas que nunca falta entre los cristianos. La Iglesia, llamada á fallar sobre la santidad de sus hijos, procede en negocios de esta clase con mucho aplomo y madurez extremada; de suerte que cuando emite fallo favorable sobre algún expediente de ese género, los católicos deben alegrarse con el reiterado testimonio de la santidad propia de la Iglesia, á la que tienen la dicha de pertenecer; pero cuando al amor hacia la religión se asocia el de la patria, y ambos tienen legítima satisfacción, ¿no ha de rebotar de júbilo el corazón cristiano? Pues bien, la Sagrada Congregación de Ritos, que es la que entiende en las causas de canonización ó beatificación de los siervos de Dios, acaba de tomar diferentes medidas que mucho han de interesar á los católicos españoles. El próximo domingo, 21 de los corrientes, solicitará de Su Santidad la autorización para publicar cuatro nuevos decretos de beatificación, siendo uno de ellos relativo á la venerable Inés de Beniganim, de la diócesis de Valencia, compatriota nuestra. Pero además de esto se ha publicado muy

recientemente el decreto de la misma Sagrada Congregación por el cual queda introducida canónicamente la causa de beatificación de los mártires de Damasco, y como entre los siete héroes del 9 de Julio de 1860 seis eran españoles, he aquí nuevo timbre de gloria para nuestra patria y nueva alegría para sus hijos.

No he de dejar tampoco de anunciar que el día 16 del próximo Marzo se celebrará una Congregación, ó sea reunión de Cardenales, para tratar acerca de la conveniencia de levantar el silencio que hace muchos años pesa sobre la causa de beatificación de la venerable sor María de Jesús de Agreda. El silencio que se había impuesto sobre esta causa no debe extrañar á nadie, pues de parte de la Santa Sede no obedeció sino al deseo de que se disiparan algunas tinieblas, tal vez acumuladas por la envidia, y bien puede Dios haber permitido la prueba de la contradicción para aquilatar el valor de la joya que produjo nuestra España. Claro está que por si la causa de la venerable Agreda llega á tratarse otra vez y recae sobre ella el fallo favorable, que según nuestros deseos habría de colocar sobre las altares á la preclara hija de la religión franciscana y de nuestra católica España, brillaría ésta con más esplendor y hermosura.

Por no tener igual interés para los españoles, no me ocupo en las demás causas de Santos que en la actualidad penden de resolución y confirman cada vez más la fecunda santidad de la Iglesia; únicamente voy á indicar que el martes de la semana próxima los Cardenales de la Congregación de Ritos, reunidos en sesión que llaman preparatoria, examinarán los primeros frutos de santidad que ha ofrecido la naciente Iglesia oceánica, con el martirio de su primer Vicario Apostólico el venerable Chamel. En Noviembre de 1837 llegó este misionero á la isla Tutuna ó de Horn de Alufatu, según el nombre más moderno con que hoy la designan los geógrafos: como es de suponer, al misionero Chamel y á sus dos compañeros les inspiraba el deseo de sembrar allá la semilla evangélica; pero por de pronto, y cabalmente para encaminarse mejor al logro de su objeto, en un principio no se ocuparon más que en aprender la lengua propia de los indígenas; parece que éstos, y especialmente su reyezuelo, llamado Niuriki, pensaron explotar la ciencia de los blancos en favor del cultivo de la isla, á cuyo fin les facilitaron las viviendas de que necesitaban; pero al poco tiempo, habiendo llegado Chamel á imponerse en el habla de la isla, trató de llevar á efecto su apostólica misión y ganó muchas almas á la fe de Cristo. Tan dichoso fruto de sus trabajos le indujo al cristianismo de su hijo primogénito, nombrado Meitala, y de otra hija cuyo ejemplo alentó á muchas jóvenes en el abandono de su antigua religión; el mismo reyezuelo, incitado por su primer ministro Musumusu, se puso al frente de una turba feroz que invadió la tranquila morada de los misioneros, y no se dió por satisfecha hasta que vió la cabeza del P. Chamel cortada del tronco; ahora la Sagrada Congregación de Ritos está llamada á fallar sobre la causa de esta muerte y sobre la autenticidad de los milagros que se atribuyen á la intercesión del mencionado primer Apóstol de Oceanía.

La carta va ya siendo muy larga, y, sin embargo, no quiero digan mis lectores que hoy me he metido en asuntos de la Congregación de Ritos y no sé salir de allí. He dudado bastante si debía ó no tocar un asunto que hace días viene haciendo mucho ruido en esta capital: por una parte me parecía poco en armonía con la índole de nuestra Revista madrileña; pero por otra comprendo que interesa á los católicos de todo el mundo lo que atañe á la Santa Sede. En el verano último fué preso y encarcelado, por diligencias de la policía de Roma, un corresponsal ó colaborador que fué de varios periódicos de diferentes matices, acusado de haber facilitado al Gobierno francés planes secretos del de Italia, y particularmente mapas topográficos de las fronteras y datos muy importantes y reservados sobre construcción de buques de guerra. Pues bien: durante la vista de la causa que ahora se sigue al Des Dorides (llámase así el acusado) se ha publicado una carta, sin firma, por supuesto, de la cual se ha pretendido sacar que en las indignas maniobras y fraudulentas revelaciones del Des Dorides contra el Gobierno italiano estaban complicados... ¡pásmese el mundo...! el Nuncio de Viena, un Cardenal de la Santa Romana Iglesia, dos Prelados de la corte pontificia, y... ¡no me atrevo á decir hasta dónde llega la osadía del hombre! Pero esta carta, que ha venido de Viena quince días después de encarcelado el Des Dorides, que lo mismo está firmada por X como lo pudiera estar por Y, Z y por todas las demás letras del alfabeto, no merece ningún crédito: el mismo *Pöpolo Romano*, órgano del Sr. Depretis, se ha apre-

surado á declararlo así, contra las insinuaciones de la *Tribuna* y del *Capitan Fracassa*, cuya tesis quizá no merecía siquiera el honor de la refutación. Pero, así y todo, se comprende el ruido que hizo y está haciendo la publicación aludida. Lo más probable es que Des Dorides quiso con aquella carta impresionar en favor suyo á la opinión pública de los liberales haciéndoles creer que él no fué más que un instrumento en manos de los clericales, contra quienes, por lo tanto, hubiera deseado excitar las recriminaciones y el odio, que buen cuidado tenía de apartar de sí; las declaraciones de los mismos periódicos adictos al Quirinal alejan del Vaticano toda clase de responsabilidad, limitándose á lamentar—lo que el Vaticano lamenta primero—que un diario católico de Roma otorgara un tiempo su confianza al mencionado Dorides, aunque ya hubiese roto las relaciones con él mucho antes de que se descubrieran sus aficiones á *comercio internacional*. Con esto ya entro en un terreno muy resbaladizo, y hago punto..., pues á mí no me conviene insistir en la severidad que muchas veces habría que usar con los corresponsales.

J. M.

LOS GRABADOS

VISTA GENERAL DE ATENAS Y DE SUS NUEVAS FORTIFICACIONES.

La famosa cuestión de Oriente se halla hoy concentrada en Grecia, cuya actitud belicosa da mucho en qué pensar al Gobierno turco y á las grandes potencias. Los griegos, no contentos con haber alcanzado su independencia, aspiran á extender sus dominios á costa, como es consiguiente, del despedazado Imperio de la media luna. El Gobierno otomano comprende que la hostilidad de los griegos es más grave que la de los pequeños Estados danubianos, pues el reino de Grecia es hasta ahora el Estado más poderoso y respetable que se ha formado de las disgregaciones del coloso de Oriente.

Por esta razón el Gobierno de la Gran Puerta trata de echarse encima de los primeros chispazos de la guerra helénica, para atajar, si puede, el mal á tiempo y no dejar que cunda y se propague entre las demás provincias del Imperio, ganosas de sacudir el yugo otomano. El plan de los turcos consiste en caer sobre Atenas, la capital, dando el primer golpe en la cabeza, para quebrantar la acción de los demás miembros. El Gobierno helénico lo sabe y se está armando hasta los dientes, asegurando la capital con fortificaciones y reforzando singularmente su escuadra.

Atenas se halla situada á 8 kilómetros del golfo Sarónico, entre dos ríos, el Iliso y el Céforo, en medio de una llanura, cubierta de olivos y no lejos de los montes Hymeto y Pentélico, célebres en la antigüedad clásica. Sobre la ciudad se alza la Acrópolis, donde estaba edificado el famoso Parthenon, templo dedicado á Minerva, y junto á él otros celebrados templos, notables por sus riquezas artísticas y por sus memorias antiquísimas.

Atenas no es ni sombra de lo que fué. Devastada durante la guerra de la Independencia (1822-1833), es hoy una ciudad moderna, con calles estrechas y sin carácter, donde se descubren de vez en cuando restos de su antigua grandeza, como el Parthenon, los Propyleos, el Echtheum, el Pritaneo, la Torre de los Vientos, el Odeon, la Agora, templo de Teseo, etc., etc. Su población actual, con la de su arrabal el Pireo, pasa de 50.000 almas.

APUNTES DEL REAL MONASTERIO DE RUEDA, ZARAGOZA (ESCATRÓN).

Aunque en deplorable estado de ruina y abandono una gran parte de su imponente fábrica, todavía encierra el antiguo monasterio de Rueda bellezas de primer orden, que solicitan la atención del arqueólogo, del artista ó del simple viajero á poco que se le alcance en materia de estilos arquitectónicos.

Hállase situado el monasterio sobre la ribera izquierda del Ebro, enfrente de la villa de Escatrón (provincia y diócesis de Zaragoza). Fué fundado por el rey de Aragón Don Alonso II, por los años de 1180 á 1195, con objeto de proporcionar digna y suntuosa morada á la comunidad de monjes de la Orden del Cister, que habitaban el monasterio de Santa María de Junquera, ó *Junquera*, en las cercanías de Villanueva de Gállego, terminándose las obras de la parte más antigua del edificio, que comprende el claustro, la sala capitular, el refectorio y las habitaciones superiores, en el año de 1205. La fábrica de la magnífica iglesia no dió principio sino veinte años después, bajo la dirección del venerable monje Frey Gil Rubio, dándosele feliz cima en 1233, en cuyo año fué el templo consagrado y dedicado á San Bernardo, esclarecido fundador de la Orden.

Los reyes sucesores de Don Alonso y muchos ricos-hombres de Aragón concedieron al monasterio de Rueda importantes privilegios y donaciones, como el señorío de las villas de Alborge, Codo, Escatrón, Lagata y Samper. Igualmente recibió distintas preeminencias y exenciones de los Pontífices.

Debido á su situación, y en obediencia á las leyes que así lo prescribían, era este monasterio el punto donde se celebraban los capítulos provinciales de la Orden. Poseía cuantiosos bienes raíces y gran número de reliquias y preciosidades que en su interior se custodiaban.

La guerra de la Independencia nacional le hizo perder considerable parte de sus riquezas, quitándole los postero-

res acontecimientos no poca de su antigua importancia. Al sobrevenir la excomunión en 1834, la comunidad contaba en su seno 30 monjes sacerdotes, 20 legos é igual número de criados.

Tal es, sumariamente trazada, la historia del real monasterio de Rueda, cuyos muros han sido testigos de importantes acontecimientos históricos, cuya enumeración necesitaría un espacio del que no podemos disponer.

En las págs. 66 y 67 ofrecemos á nuestros lectores algunos detalles recogidos por el Sr. Esteban en sus excursiones artísticas al monasterio, y que demuestran cuán grande debió ser su magnificencia antes de que las injurias del tiempo y un punible abandono maltrataran sus raros primores arquitectónicos, en los que el estilo bizantino, el gótico y el árabe han dejado marcada su huella, ya en las agrupaciones de esbeltas columnas de maravillosos capiteles, ya en sus arrogantes ojivas, ya en la delicada ornamentación de sus calados rosetones.

Es muy de lamentar que no se atienda con más solicitud á la conservación de monumentos arquitectónicos de tal valía, y que se hayan consentido absurdas reparaciones, con las que han quedado deplorablemente desfiguradas, cuando no destruidas, raras bellezas artísticas. Asegúrenos que sin el cuidadoso desinterés del actual poseedor de la parte no monumental del monasterio, Sr. Royo y Segura, que por fortuna es una persona ilustrada, muchos de los mejores detalles del edificio hubieran perecido ya por completo, víctimas de una larga incuria.

LA ORFANDAD AL PIE DE LA CRUZ.

ESCENA DEL CÓLERA EN ITALIA.

CRÓNICA LITERARIA

Los dos poetas más afamados de nuestro tiempo han dado recientemente nuevas señales de vida: Campoamor ha publicado un poemita intitulado *Memorias de una santa*, y Núñez de Arce otro con el título de *Marija*.

Siempre tuvo Campoamor tendencias escépticas: no lo puede remediar, dicen sus íntimos; es su idiosincrasia. Grande lástima que así sea, digo yo. Pierde él, pierde el arte, pierde la poesía, que en sus manos puede ser nobilísima hija del cielo, y es, á veces, instrumento de cosas muy terrestres y muy pequeñas.

Lógico es que, aun en lo relativo á formas y estilo, Campoamor tenga y haya proclamado una poética especial. Asuntos pequeños y de carácter naturalista, reclaman lenguaje y versificación de índole familiar también. No es Campoamor prosaico por querer hablar con sencillez: se lo impide su gran talento y su nativa fuerza poética; pero al rechazar, con razón, el estilo campanudo y las formas sobrado pintorescas de algunos de nuestros clásicos, cae un poco en el vicio opuesto, y habla en sus poemas como en su ordinaria, bien que ingeniosa y amena conversación.

Repito que esto procede, en gran parte, de los asuntos á que se inclina con predilección marcada y pecaminosa. La vida, para la nueva poesía de Campoamor, no tiene grandezas, ni mucho menos ideales. Hombres y mujeres, chicos y grandes, son unos pobres diablos que no aspiran á mayor cosa que á pasarlo medianamente siquiera, en este pícaro mundo de farsa y de mentira, de lucha y de pobreza. Bajo la capa de un sabio hay un majadero pedante; la coraza del héroe cubre un pecho lleno de pasioncillas ruines, y hasta el hábito religioso oculta hipócrita gazmoñería.

Esto último es el asunto de su último poema. A una muchacha muy guapa, que tiene novio, le dan las viruelas; y como recurso se mete en un convento, donde sus hermanas, las otras religiosas, que deben ser tontas, la tienen por santa, mientras ella no piensa más que en el novio que perdió y en las viruelas que la afearon.

¿Les parece á ustedes asunto para un poema, aunque corto, cosa tan fea y tan vulgar? ¿No ve Campoamor en un convento más que mujeres feas y aburridas? Para ver eso no se necesita tener talento, ni siquiera ojos; eso lo ve cualquier gacillero de tres al cuarto. Pero en el convento, el que sabe mirar y sentir, y más si es poeta, ve otras cosas: ve corazones grandes, grandes y celestiales amores, esperanzas inmortales, y ¿por qué no decirlo? mujeres muy hermosas que hubieran podido reinar en el mundo que despreciaron. Así miran los poetas, que embellecen aun lo feo; Campoamor, olvidando su condición de artista, afea en este caso lo bello.

El mismo Campoamor pinta en sus poemas un mundo muy poco amable. Y ¿es maravilla que las almas nobles y generosas huyan de él, enamoradas de la belleza infinita y del amor eterno? Hasta los

escritores mas incrédulos han sentido y descrito admirablemente este encanto, este atractivo poderoso de la vida monástica y de toda la vida religiosa. Pregúntesele Campoamor á su primo Castelar, y pregunte por Madrid si era fea ó tonta la admirable Ernestina que acaba de bajar al sepulcro, habiendo vivido desde su juventud sólo para Dios y para los pobres, ó si es una fea despreciada Blanca Donadío, que renuncia á los aplausos y á los triunfos para encerrarse en el claustro.

Tome Campoamor un asunto grande, ó siquiera bello, y hará, seguramente, un poema bello y grande también: que por mucho ingenio que se tenga, y por bien que se versifique, no puede resultar un poema si el autor ha de empezar cerrando los ojos á la luz y á la hermosura que se le ofrece, para mirar sólo un accidente vulgar de sombra.

* *

El poema de Núñez de Arce, *Maruja*, es un precioso cuadro descriptivo, un paisaje, pero animado por bellas y poéticas figuras. Un matrimonio noble y rico, vive triste porque no tiene sucesión; y viendo conducida á su presencia una pobre niña cogida por un guarda en una travesura, la adopta por hija, sabedor de que ha quedado huérfana á consecuencia de los terribles terremotos de Andalucía.

El asunto es sencillo, casi vulgar; pero ha pasado por él la varita mágica del poeta, que todo lo transfigura y embellece, y lo ha trocado en un poema interesante. Aquel matrimonio triste; aquella muchacha linda, traviesa, simpática y desvalida, son figuras tan reales como bellas, presentadas entre soberbias descripciones, que sirven de fondo al cuadro; y como el soplo de la caridad anima la escena, rodeada de ambiente cristiano, resulta un conjunto animado, gratísimo y consolador.

Yo no sé cómo piensa Núñez de Arce, ó no quiero ahora saberlo; pero veo que, en general, siente como sienten los grandes poetas. Podrá dejarse llevar alguna vez de ideas ó corrientes menos puras; pero su naturaleza rechaza lo bajo y rastrero, y aun lo ordinario de la vida, y su inspiración busca anhelante las cumbres altas y los anchos horizontes. Por eso hay belleza y grandeza en lo que toca; y su versificación sonora y vibrante, y su poesía varonil y enérgica, siempre corresponden á un corazón que ama lo ideal, que no reniega de la vida ni de los hombres, y que comprende la hermosura de la virtud y de la fe.

Por lo demás, Núñez de Arce es, como queda indicado, más lírico y épico que dramático. Los argumentos de sus poemas se distinguen por la sencillez: una ó dos figuras, una situación, le bastan casi siempre. Las presenta llenas de luz y de vida en campo resplandeciente de flores, y cargado de armonías y de aromas. Es, ante todo y sobre todo, un poeta colorista de poderosa fuerza descriptiva; un gran pintor de la naturaleza; un verdadero paisajista, que jamás olvida la figura humana, para dar unidad, vida y corazón á sus bellísimos cuadros.

* *

También en el teatro ha habido alguna novedad recientemente: el estreno de un drama del señor Echegaray, titulado *El Bandido Lisardo*. La acción es en España, en la época feudal. Un señor, deseoso de poseer la hermosura de una pobre doncella, defendida por su honrado padre contra las criminales asechanzas, concibe el proyecto de casarla con un hombre tan vil, que desde el altar la conduzca á sus brazos. En el bandido Lisardo, á quien vence en una selva, y á quien perdona con esta condición, halla el hombre que desea; pero Lisardo, viendo nacer en él sentimientos amorosos y nobles, se niega á cumplir el infame pacto; mata en duelo al conde, y huye en busca de hazañas que le regeneren y rehabiliten á los ojos de su esposa, ignorante hasta entonces de que había dado su mano á un famoso y odiado bandido.

Los críticos más afectos al Sr. Echegaray han dicho ó dado á entender, que este Lisardo es un personaje inverosímil, cuya repentina transformación de hombre-fiera en esposo amante y semicaballero, no se explica de manera ninguna en el drama. Pudiera el poeta haberle transformado y regenerado por medio del amor; pero necesitaba entonces haber dado más realce á la secundaria figura de la doncella, y haber hecho intervenir á ésta en sucesos y situaciones que influyeran dulcemente en el corazón de aquel salvaje. Tal ocurre en el drama *El Hijo de la selva*, que aquí representó Salvini; pero el Sr. Echegaray es muy dado á estos personajes-abstracciones, sin realidad ni vida, que maneja como los factores de un problema de matemáticas. Ese es el defecto capital de su sistema dramático:

concibe un pensamiento, una idea, y va derecho al fin, sin reparar en el camino; y lo mismo atraviesa torrentes sin puente y sin barca, que cruza por encima de los abismos sin alas y sin globo. Son, sí, sus personajes, por regla general, más fantásticos que reales; y por eso las escenas mejor desarrolladas y las situaciones mejor concebidas, suelen carecer de preparación y de lógica; de verdad, en una palabra. Suceden las cosas, no porque deban suceder, sino porque al poeta le conviene que sucedan para probar lo que se ha propuesto, ó para despejar la incógnita de su problema.

El arte dramático no es eso. Shakespeare, Calderón y otros grandes poetas crean también personajes que sólo existen, al parecer, en su fantasía; pero con la diferencia capital de que los sentimientos y pensamientos que expresan son los de todo el mundo; y así resultan representaciones de la naturaleza humana, con sus grandezas y desfallecimientos, con sus aspiraciones y desengaños. Todos tenemos algo, ó mucho, de Sancho y de Quijotes; pero nadie, ni los bandidos reales de Sierra Morena, tienen semejanzas con el Lisardo del Sr. Echegaray ni con otros personajes de sus dramas. El gran arte tiende, en efecto, á pintar, no un hombre, sino el hombre, y eso hicieron Calderón y Shakespeare: sus personajes-tipos se parecen á todos los hombres; las abstracciones del Sr. Echegaray no se parecen á hombre ninguno.

Por eso el drama *El Bandido Lisardo* carece de interés: la figura principal no es humana. Y, como el Sr. Echegaray tiene marcada tendencia á pintar tipos extraordinarios que concentren toda la acción y todo el movimiento de la escena, y á ello le arrastra además la falta de actores y, más todavía, de actrices, habiendo hablado del protagonista, se habló de toda la obra. En su drama no hay personaje ninguno que llame la atención: ni el conde libertino ni sus cortesanos aduladores, ni la joven inocente ni su honrado padre. Todas son figuras pequeñas y medio borradas ó desvanecidas, que no sirven siquiera de fondo de color para que destaque la de Lisardo.

Esto tampoco es una belleza de la obra, pues el protagonista no ha de ser monologuista y anular por completo á todos los demás personajes. Un hombre solo no constituye drama ni poema. El hombre vive en sociedad con sus semejantes, aunque inferiores en poder, riqueza, pasiones ó afectos. La vida de los personajes secundarios es una condición de la variedad y de la vida de todo drama. Repitamos, para ser justos, que mucha culpa de esto tiene la falta de compañías y la dispersión de los actores: el autor se expone, si escribe más de un papel importante, á que le ejecuten la obra.

En cuanto á la forma, ya le han dicho otros al Sr. Echegaray que *El Bandido Lisardo*, por la época y por la índole de la acción, debería estar escrito en verso y no en prosa; y que la prosa en que está, con presumir de clásica y académica, resulta afectada y violenta.

* *

En los demás teatros no han ocurrido grandes novedades. El de la Princesa, inaugurado esta temporada con tan buenos auspicios, y con muy regular compañía, nos ha dado chasco. Apenas ofrece otra cosa que traducciones, de muy problemática moralidad, como *Dora*, y la más verde comedia *Demi-monde*, que ahora anuncian sus carteles. Hace poco ha representado la de Ermann-Chatrion, titulada *Los Rantsau*, muy ligerita y muy corriente, en la cual puede entender alguno que no le hace falta Cristo, ni Iglesia para ser persona muy decente y muy moral, ni siquiera para que se reconcilien las familias y sea honrado y feliz un matrimonio y un pueblo entero; lo mismísimo que en *El Amigo Fritz*, de los susodichos señores, que aplaudió embobada la gente honradota y bonachona. La cosa no tiene malicia, ya se ve: como que no negamos los católicos que haya personas naturalmente honradas y pacíficas por esos mundos de Dios; pero aun mirando de tejas abajo nada más, tenemos la debilidad de creer que, abaja de Dios y de la Religión, no hay verdadera paz, ni verdadera dicha para el hombre, ni menos para la familia y para la sociedad.

Y si no, ya lo verían los Sres. Ermann-Chatrion si lograsen que prevaleciera su sistema suave de exclusiones, y que los hombres se acostumbraran á prescindir de Dios y de su Iglesia, única que ha sembrado y mantiene en el mundo las virtudes y los nobles sentimientos de que se envanecen muchos de sus enemigos.

AMALIO RIVAS.

LA DESAMORTIZACIÓN

CONSIDERADA EN SU ASPECTO ARTÍSTICO

(Continuación.)

Ni menos célebres por sus recuerdos históricos y su mérito artístico eran en Aragón otros conventos que la revolución ha destruido. Tal era el de *Predicadores*, en Zaragoza, de hermosa arquitectura, donde en veintún magníficos sepulcros descansaban los cuerpos de varios Cardenales y Justicias de Aragón, y al que, no obstante sus venerandas tradiciones, echaron por tierra los demolidores de 1868. Tales eran también en Calatayud el de *San Pedro Mártir*, obra del antipapa Pedro de Luna, cuyo ábside, de estilo mudéjar, podía considerarse de lo mejor en su género; y el de *Santa Clara*, donde tenía su sepulcro el secretario de los Reyes Católicos, Cetina.

Fundaron en Baza sus conquistadores, los primeros duques de Abrantes, el magnífico monasterio de *San Jerónimo*. Era un edificio vastísimo, con tres soberbios claustros que tenían balaustrada de mármol y una inmensa huerta. En él se daba un culto nada inferior en magnificencia al que hoy se da en las catedrales. Vendido y utilizados sus materiales en casas particulares, andan aún rodando por calles y paseos los que no hallaron acomodo. Con el convento desapareció la granja, hermoso edificio con cuatro torres y una fuente de aguas termales que hubieran podido dar celebridad á un establecimiento balneario. De la iglesia, que hoy subsiste sin sacristía y con una torre sin campanas, cuida una persona piadosa, y en ella se dice misa el día en que algún sacerdote puede hacerlo. A este extremo ha venido á parar aquel emporio de la piedad y del arte cristiano.

Otro convento de Baza ha sufrido los rigores de la desamortización, el de *Santo Domingo*, cuyo hermoso claustro, de orden dórico, es una verdadera joya artística. Parte del convento es hoy fábrica de fideos, y parte vivienda de familias. La iglesia, que era espaciosa y del mismo orden arquitectónico, fué derribada por los franceses.

Los religiosos Agustinos edificaron en el último tercio del siglo xvi el convento que lleva el nombre de su Santo en Sanlúcar de Barrameda. Hoy se derriban los conventos por ensanchar las calles, y entonces dió la ciudad una calle á los religiosos para ensanchar su fábrica. Su espaciosa iglesia, de tres naves, á la vez que el convento, fueron vendidos por el Estado, y son hoy bodegas.

No es necesario encarecer la celebridad del convento de *la Rábida*, fundado por los Franciscanos en 1251, donde Cristóbal Colón halló por vez primera favorable acogida, y vió aprobados sus estudios y proyectos por Fr. Juan Pérez de Marchena, que los recomendó á Fr. Hernando de Talavera, confesor de Doña Isabel I. Pero no bastó su celebridad para que después de la excomunión llegase al más lastimoso estado. Después se le reparó, y hoy lo posee la Diputación provincial, que arrienda en él habitaciones en la temporada de verano.

No alargaremos esta reseña, que con más tiempo y estudio pudiera convertirse en libro, como hubiera podido también depurarse de lo que en ella, por falta de una comprobación minuciosa, pueda haber de incompleto.

Harto han lamentado nuestra incuria y abandono en el asunto que nos ocupa los amantes de la religión y de las glorias del arte. En un informe privado, escrito hace muchos años, decía lo siguiente el respetable Sr. Carderera: «Ninguna de cuantas órdenes ha expedido el Gobierno se ha mirado con más desprecio que las que dió acerca del destino de los objetos de artes y ciencias al suprimir las Ordenes religiosas. La inobservancia de estas disposiciones, ya de suyo harto incompletas, ha ocasionado á la nación pérdidas inmensas de monumentos y objetos, que jamás podrán repararse ni con todo el oro que existe en América; porque, dado que renaciese la época de los artistas célebres de los siglos xvi y xvii, los monumentos que son testimonio y documento de lo pasado, no pueden sustituirse con ninguna clase de obras, aunque sean de los maestros más sublimes.»

Y después de lamentar que para las traslaciones de los objetos de arte y su depósito no haya habido, ni celo por parte de las autoridades, ni fondos con que atender á ello; después de recordar que en muchas provincias, los pocos cuadros ú objetos recogidos estaban en el suelo, en grandes rollos, junto á las puertas, donde los pisaban los transeúntes; que las librerías se han colocado en sitios tan húmedos, que los libros se han perdido, y en algunas ocasiones se han vendido al peso ó se los han

llevado los comisionados extranjeros, añade:

«El célebre monasterio de Sigüenza, en la provincia de Huesca, donde aun existen las reliquias, se ha vendido hace tres años, y no creo se haya hecho excepción de las muchas riquezas históricas y artísticas que encierra, como fundación de D. Alfonso II de Aragón y Doña Sancha de Castilla, su consorte. Allí existían los sepulcros de esta princesa, de su hija y de otros personajes, y más de cincuenta pinturas interesantes, de que conservo notas exactas; allí una colección riquísima de ejecutorias originales de la principal nobleza de Aragón y Cataluña, y otras mil curiosidades... Lo mismo puede decirse que acontece con otros monasterios de la Península... ¿Cómo podría creerse que los monasterios de Cardena, de San Jerónimo de Granada, los de Monte Aragón, Poblet, y otros, que sirvieron de última morada a tantos gloriosos reyes, al Cid Campeador, al gran Gonzalo de Córdoba, a D. Alonso el Batallador, a Fray Luis de León y a tanto noble y esforzado campeón, habían de haberse abandonado por unos gobernantes que se llaman españoles, y puestos al martillo como presa de ladrones?»

Y proponía en este mismo informe reglas para evitar la continuación de estos males, llamando especialmente la atención hacia los monasterios de Poblet, Ripoll, San Victorán, San Juan de la Peña, Nájera, Oña, Leire, San Marcos de León, San Isidro, Guadalupe, San Pedro de Cardena, Fres del Val, Yuste, San Esteban de Salamanca, Segovia, Benifazá, Irache y Huerta.

Otro insigne y reputado arquitecto, no menos conocido por sus obras que por su ferviente catolicismo, nos dice, contestando a una carta en que le pedíamos datos, que se duele de no poder darnos: «Se hizo la desamortización, y multitud de templos cayeron por la incuria del tiempo y el abandono de los hombres... y nadie, nadie se ocupó en dedicarnos un recuerdo, haciendo una estadística de nuestra gloriosa riqueza monumental, que desapareció como por encanto; ni el Gobierno, ocupado en guerras y motines, pensó en ello, quizá porque, con buen juicio, pensó que al hacerlo escribía su padrón de ignominia...»

— Y después de decir que se destruyeron los templos, se esparcieron las bibliotecas, se profanaron los altares, y obras de inestimable precio y valía literaria dejaron de existir o fueron a enriquecer los museos y bibliotecas extranjeras, añade: «Yo he visto con vergüenza y espanto, servir de pesebre a ganado pías bautismales de mérito inmenso y de antigüedad notable. Yo he visto anidar gallinas en afligido santuario del siglo XIV. Yo he visto notabilísimos cuadros italianos y españoles formando cerramientos de ventanas en pobres pajares, o cubrir el defecto de tapias en corrales de aldea; y, finalmente, he visto servir para tapar pucheros de arrope las arrancadas hojas de breviarios y libros de horas del siglo XII. «¡Felices, dije entonces, los libros que nos han quitado los extranjeros, pues ellos, al menos, serán testigos de la cultura de nuestros antepasados!»

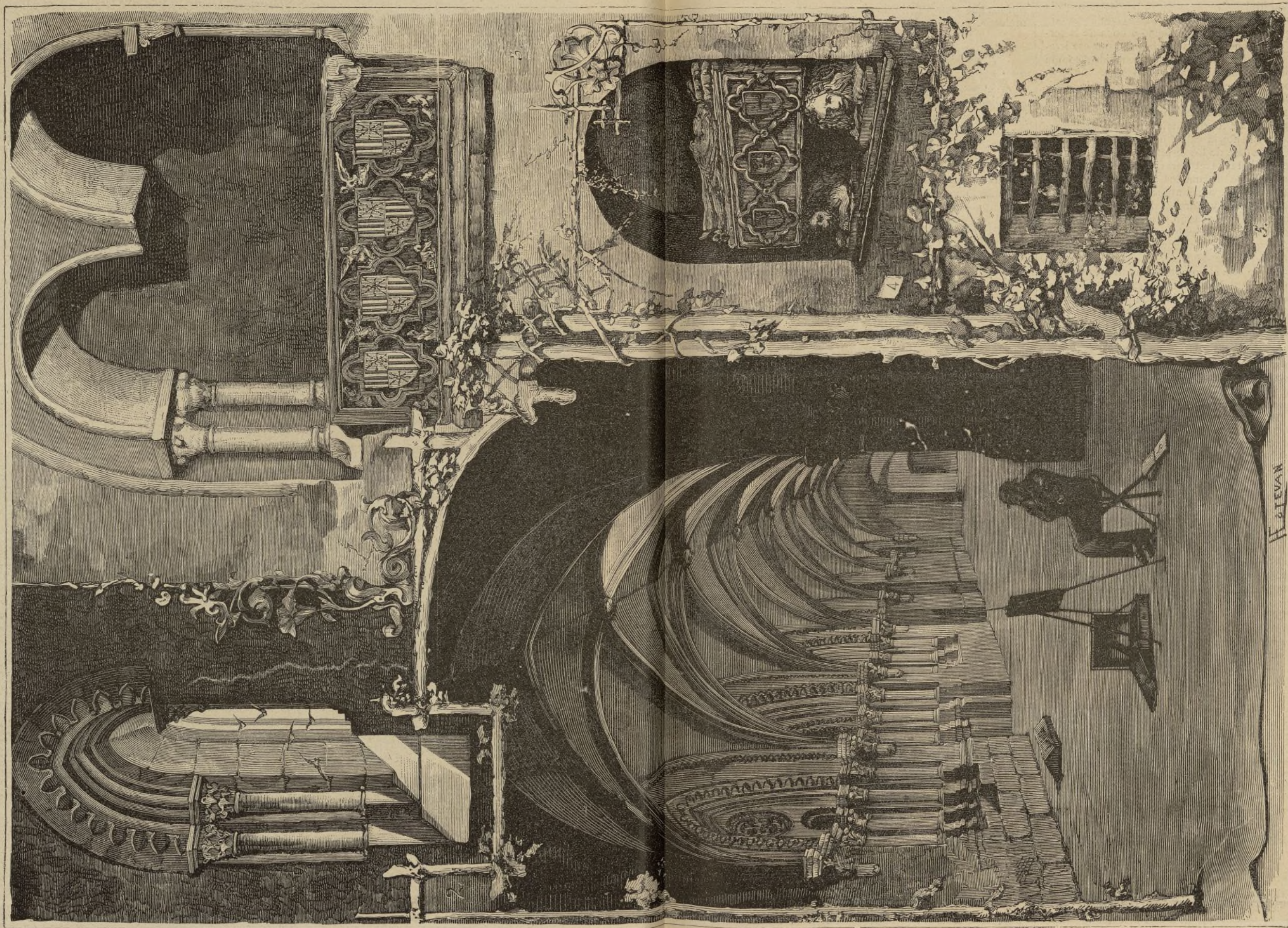
Otro escritor de nuestros días dice en un precioso libro, recientemente publicado:

«Dolorosos acontecimientos, que serán perpetuo motivo de vergüenza para nuestro siglo, destruyeron hace treinta años, entregándolos a las llamas, edificios de inapreciable mérito y de un valor incalculable; profanación que, si no moviera a los grandes corazones cristianos a compadecer a los sacrilegos incendiarios de la casa del Señor, llenaría de ira a los amantes de la belleza, para odiar y maldecir el salvajismo de los destructores de las obras del arte. En 1835, el furor revolucionario entregó a las

Las bibliotecas por sí solas constituían en España una verdadera riqueza, que se había ido depositando en sus iglesias y conventos. Véase una prueba de la estimación y el valor que se les ha dado en el extranjero.

Con el título de *Neuvenaux mélanges d'Archéologie, d'Histoire et de Littérature sur le moyen âge*, par les auteurs de la *monographie des vitraux de Bourges* (Ch. Cahier et feu Arth. Martin, de la *Compagnie de Jésus*), ha publicado el primero de estos sacerdotes (Ch. Cahier), un hermoso volumen en gran folio, que comprende la parte de bibliotecas. En él, después de hablar extensamente de ellas y de la caligrafía en la Edad Media, dando noticias en extremo interesantes y curiosas, inserta un *Appendice tout spécial pour l'Espagne*, par le P. Jules Thallan, que ocupa más de la tercera parte de este hermoso volumen. Trátase en dicho *Appendice*, con gran extensión y copia de datos, los siguientes puntos: I. Invasión de los bárbaros del Norte y renacimiento hispano-gótico. — II. Bibliotecas españolas en tiempo de los reyes godos de Toledo. — III. Invasión árabe y renacimiento cristiano en Asturias. — IV. Bibliotecas españolas del Noroeste. — Aunque son escasos los ejemplares de este libro, impreso en París, librería de Fernin Didot, 1877, recomendamos su consulta a los amantes de esta clase de estudios y de las glorias de la Iglesia de España.

RUINAS DE LA ESPAÑA ANTIGUA.



APUNTES DEL REAL MONASTERIO DE RUEDA, ZARAGOZA (ESCATRÓN). — 1. Ventana de la Sala Capitular. — 2. Claustro procesional. — 3. Sepulcro del Sr. de Gotor. — 4. Sepulcro de un abad. — 5. Ventana del molino.

llamas mil edificios bellísimos, que en vano busca el extranjero, llevado de la fama de su mérito, y que con tristeza y lágrimas recuerda el cristiano, que bajo las bóvedas de su recinto había elevado en ellos humilde oración. Plazas, teatros, circos de caballos, montones de ruinas, ocupan los lugares que en otro tiempo fueron santificados por la religión y engrandecidos por el arte.

Enumerar las iglesias que en Madrid y en todas las capitales y pueblos de España han sido cafés y teatros, o han estado destinadas a otros usos profanos y viles, sería larga e interminable tarea.

Referiremos un incidente que hace estremecer. En el convento de San Francisco de Villaviciosa, en Asturias, hay un colegio y un teatro. Cuéntase que al levantar un día el telón, rozando las cuerdas en una pared, rompieron una sepultura, y cayó sobre el escenario una calavera con varios trozos de esqueleto.

Pero ¿qué más? Sobre las ruinas del convento de Mercenarios de Madrid se ha colocado la estatua de Mendizábal.

JOSÉ MARIA ANTEQUERA.

«CHIST...!»

Malum Eva jesuitis credula porrexit Adas jesuitis credulus. Fratrem Cainus jesuitis credulus occidit Abel jesuitis credulus. — Eva, engañada por los jesuitas, alargó la manzana a Adán, que confiaba en los jesuitas. — Cain, seducido por los jesuitas, mató a su hermano Abel, que se había fiado de los jesuitas.



En esta modesta casa, silenciosa en medio del bullicio de la populosa X**, cuyas ventanas jamás se abren, cuya puerta eternada revela cierta apariencia

de misterio, cuyos muros cuarteados presentan ese color negruzco que en los edificios precede a la ruina, como en los hombres precede la palidez a la muerte?

Pues esa casa, lector amable, esa casa es... ¡una casa de jesuitas!!!

Aquí el lector amable se espeluzna, da un salto, y entre asustado y curioso recorre desde el portal al tejado la fachada de aquella casa misteriosa, cree divisar tras de la puerta al P. D'Aigrigny, en la ventana a Mademoiselle de Cardoville, en el balcón al indio Dejhar, en el tejado a la Princesa de Saint-Dizier, y asomando la cabeza por la chimenea a Rodín, al perdido Rodín, que se cala los anteojos para ver lo único que el lector amable no divisa: los cien billetes de mil francos que el señor Eugenio Sue se embolsa por la exhibición de estos calumniosos personajes en el folletín de *El Constitucional*; tinglado en que la propaganda revolucionaria armó su máquina de segar jesuitas, allá por los años de 1848.

Son las siete de la mañana: llovizna, y hace frío;

pero el lector amable espera coger el hilo de algún tenebroso enredo que ha de asomar por la ventana o saltar por el tejado, y sigue firme en su observatorio, sin más resguardo contra la intemperie que su curiosidad, fijos siempre los ojos en la puerta de la misteriosa casa, a la sazón cerrada.

Suena el ruido de un cerrojo que se descorre: al lector amable le da un vuelco el corazón, y jura y perjura que ha oído también un rumor pavoroso de cadenas, semejante a los que resuenan en los cuartos de encantamientos cuando se abre el techo para dar paso a la cabeza de un descomunal gigante, que con voz lastimera pregunta por tres veces antes de caer: — ¿Caigo o no caigo...? Abrese por fin la puerta, y aparece un sombrero de teja...

— ¡Ya está el torito en la plaza! se dice a sí mismo el lector amable, refugándose sin saber por qué detrás de una esquina.

El sombrero de teja comienza a salir por grados y en bastante tiempo, porque es muy largo, y a medida que el sombrero avanza, avanza también el pescuezo del lector amable y se abren más sus ojos:

aparece por fin todo el sombrero, y debajo de él una cabeza, y más abajo unos hombros, y luego una sombra negra, y por último un jesuita de cuerpo entero, que lleva — ¡Virgen Santísima! debajo del manto, un bulto de medio metro de largo!!!

Un vapor de la Compañía trasatlántica no puede ser, porque abultaría más; una máquina de coser de Singer tampoco, porque abultaría menos. El lector amable queda convencido de que aquel bulto misterioso no pertenece a las industrias explotadas por los jesuitas para aumentar sus ya fabulosos caudales, y sigue discutiendo por el terreno de las hipótesis. Dase al fin una palmada en la frente, capaz de hacerle saltar los sesos, en el caso de que los tenga, y se fija en una de estas dos opiniones igualmente probables:

— ¡O es un secreto de confesión... ó es el cadáver de un niño a que han extraído la sangre, para fabricar el elixir de la vida, como los vampiros de Alemania...!

Mientras tanto, el jesuita se santigua devotamente al salir, deja cerrada la puerta, comienza a caminar con los ojos bajos y el misterioso bulto cuidadosamente encubierto bajo el manto. Es un mocetón de seis pies de alto, con una cara de viva la Virgen y una boca de risa, que inspiran al lector amable los más serios cuidados, por aquello del peligro que suelen ofrecer las aguas mansas. Lleva la sotana muy corta, y el manto aun más corto que la sotana; cosas ambas que preocupan al lector amable, incapaz de suponer temerariamente que el difunto era más corto: preciso es que aquello signifique algo, como en efecto algo significa, que no acierta a comprender el lector amable.

Bien quisiera éste seguir los pasos al jesuita; pero en aquel momento cree distinguir en la primera de las ventanas una luz, que corre cual una exhalación de la primera a la segunda, y de ésta a la tercera, y de la tercera a la cuarta, y como carece de aquel ojo giratorio que según opinión de algunos tienen los habitantes de la luna en la punta del rabo, y no es por otra parte bizco para mirar con un ojo a la luz que desaparece, y con otro al jesuita que dobla ya la esquina, se queda clavado en su sitio, sin saber qué partido tomar, como el cazador que, queriendo tirar a dos liebres al mismo tiempo, pierde la pista de ambas.

La calle sigue desierta y la casa silenciosa; poco a poco comienzan a oírse esos mil ruidos de la mañana que anuncian el despertar de las grandes poblaciones, como los prolongados bostezos del perezoso que no acierta a arrancarse del lecho. Gritos lejanos de vendedores ambulantes; sonoras campanillas que anuncian a las burras de la leche; ruidos de carros que llevan provisiones a domicilio; graves campanadas que llaman al cristiano a misa.

Obreros que van al trabajo, mujeres que se dirigen al mercado, devotos que acuden al templo, comienzan a transitar, sin que el lector amable abandone su puesto, ni se desanime tampoco al oír sonar las ocho en un reloj vecino, sin que el jesuita misterioso haya vuelto a su nido, ni la puerta y ventanas de éste hayan dejado asomar otro lado que concuerde con aquella sotana corta y aquel bulto encubierto, que han exacerbado, más bien que despertado, la curiosidad del lector amable. Este dato aparece al fin por el extremo

mo de la calle en figura de una vieja, cuyas trazas de Celestina la hacen digna de ocupar la presidencia de cualquier aquelarre: camina a pie y no montada en una escoba como el lector amable se figuró al principio, y viene examinando detenidamente las fachadas de todas las casas.

El lector amable frunce el ceño y clava en ella su mirada de águila, y al ver que la vieja se detiene ante la puerta de los jesuitas dispuesta a llamar, deja escapar un significativo — ¡Ta, ta, ta! — que revela claramente su veheméntísima sospecha de que aquella vieja no es vieja, sino viejo, y este viejo no puede ser sino algún emisario del general de los jesuitas, que viene disfrazado. Porque justamente a aquella hora llega el tren directo de Francia, y puesto que por todas partes se va a Roma, natural y verosímil es que de Roma se venga por todas partes.

Los Hermanos Coadjutores de la Compañía usan la sotana y el manto más cortos de lo que suelen usarlos los estudiantes y sacerdotes de la misma.

La vieja sin embargo parece mudar de opinión repentinamente, y en vez de llamar á la puerta se sienta en el umbral, se acurruca contra el quicio, y deja tiempo al lector amable para hacer sobre su ruin persona todas las suposiciones que su perspicacia le sugiera.

Este alarga el cuello cuanto puede, y siente no tener á mano el anteojo de Parsonstown para averiguar si la misteriosa vieja tiene bigotes: porque no es probable que el tal emisario haya tenido tiempo de afeitarse viniendo de camino; y si en el rostro de la vieja se descubren barbas nacientes, señal cierta y evidente es de que bajo aquellos mugrientos harapos se oculta un espía del terrible personaje que designan los francmasones con el nombre de *el Papa negro*.

De repente se pone la vieja de pie, derecha como un huso: asustado el lector amable retrocede un paso, porque realmente tiene la vieja bigotes y aun barba á lo Coradino, y ve entonces que aparece el jesuita á lo largo de la calle, y se adelanta hácia la vieja, siempre con los ojos bajos, caminando pausadamente, y con el misterioso bulto escondido debajo del manto. El jesuita y la vieja entablan á la puerta de la casa un breve diálogo, que termina sacando aquélla del seno una carta bien arrugada, que pone en manos de éste. Abresele al jesuita el manto al extender el brazo para tomarla, y queda descubierto á los ojos del lector amable el misterioso bulto: es un canasto de regular tamaño, en todo semejante á los que se usan para hacer la compra en el mercado. Un ligero movimiento del presunto vampiro inclina el cesto por una punta, y escurriéndose por debajo del manto cae al suelo una cosa... una cosa que eriza los pelos del lector amable, y trae á sus labios una exclamación de horror; una cosa roja, que ha salido del canasto, y que cualquiera tomaría por un colosal pimiento, que si no riojano merece serlo... — ¡Una gota de sangre!!! exclama el lector amable, sintiendo que toda la suya refluye al corazón; y porque el terror clava sus pies en tierra y paraliza su garganta, no comienza á gritar:

— ¡Auxilio...! ¡favor...! ¡socorro...! ¡al asesino...! ¡en el canasto lleva un cadáver...!

Sus ojos extraviados buscan en vano un polizone, y mientras gira sobre un pie con la velocidad de un anemómetro en día de huracán, el jesuita se disuelve y la vieja se evapora, quedando tan sólo ante su vista la casa misteriosa, con sus ventanas cerradas como un secreto sin descubrir, y su puerta entornada como una duda sin resolver.

Las horas pasan y ningún polizone llega; el lector amable vela sin embargo por la seguridad pública, anotando en su cartera los datos que ha recogido y los que piensa recoger acerca de aquellos criminales enredos que va desenmarañando su perspicacia. A las once y media otro dato capaz de resolver la cuadratura del círculo y dar con las fuentes del Nilo, asoma esta vez por la ventana. Abrese una de ellas cautelosamente; asoma la punta de un bonete; una fisonomía torva, cejijunta y de diabólico aspecto aparece debajo: y se retira con rapidez al notar que algunos transeúntes cruzan la calle; vuélvese á asomar pasados algunos momentos, y al ver que la calle aparece entonces solitaria, ata rápidamente un pañuelo blanco á la reja de la ventana, y se retira con presteza cerrando las vidrieras.

— ¡Un sudario...! ¡El sudario en que iba envuelto el cadáver! exclama el lector amable, anotando en caracteres que el temblor hace arábigos, este nuevo descubrimiento.

La noche llega, la lluvia arrecia y el lector amable sufre impávido el frío y el aguacero, con el lápiz en una mano, la cartera en la otra, y fijos los ojos en aquel paño blanco que pende lacio de la ventana, presentando á su imaginación las huellas todavía impresas de aquel cadáver de que vió él chorrear tan enormes gotas de sangre. Comienzan al fin los vecinos á cerrar sus puertas, y los jesuitas, marchando siempre en dirección opuesta á la de toda la humanidad, que abre de día y cierra de noche, franquean entonces de par en par su misteriosa puerta: el vampiro de sotana corta apacere en el zaguán, y apaga el moribundo farol, que esparcía en el interior del portal sus lívidos reflejos.

— ¡Tinieblas! apunta el lector amable, tiritando de miedo y no de frío. Región de los murciélagos, hienas, ratas, lechuzas y demás aves nocturnas! El crimen odia la luz y apaga los faroles...

Una racha de viento colado corta su inspiración, provocándole un estornudo capaz de desnucarse á un toro, si un toro estornudase, y una punzada reumática le avisa caritativamente desde la pierna derecha, que sin botines de *mackintosh* no se puede desafiar á la humedad, pérfida aliada de los jesuitas, que les ha servido más de una vez de agua tofana. Mas aquella puerta cerrada cuando todas se abren, y abierta cuando todas se cierran, promete vomitar

paquetes de misterios y manojos de intrigas, que bien valen unas friegas de *Opodeldoch*; y porque la curiosidad del lector amable se ve atraída hacia aquel boquerón negro, con la misma violencia con que el pobre pajarillo á la venenosa boca de la serpiente, queda encadenado á la esquina por ese irresistible deseo de averiguar lo desconocido, común al filósofo, al polizone y al impertinente.

Al sonar las once, un coche que parece de alquiler se detiene á la entrada de la calle: un hombre alto, derecho, envuelto en un carrig que le tapa las orejas y le llega á los tobillos, se apea, y atravesando rápidamente la calle, entra sin detenerse ni titubear en la casa de los jesuitas.

Pasan tres horas, tres horas mortales, en que el lector amable se devana los sesos por concordar aquel paso rápido, aquel aspecto erguido, aquella cierta fosforescencia y olorcillo del otro mundo que cree notar en el nocturno visitante, con lo que ha visto en retratos y leído en biografías de Bismarck, Torquemada, Maquiavelo, el Sultan de Marruecos y la sombra de Nino; y cuando queda ya convencido de que el hombre en cuestión no puede ser otro sino lord Ruthewen, el vampiro de Biron, sale éste con la misma rapidez con que ha entrado, sube al coche precipitadamente, y arranca el vehículo con un galope que recuerda al espantado lector amable, aquella balada popular alemana: ¡Hop, hop! ¡caballo mío...! ¡Tus alas son el crimen; tus herraduras las uñas de Luzbel...!

La puerta de los jesuitas se cierra, el ruido del coche se pierde á lo lejos, el sereno canta las dos, y las sombras de la noche se van tornando de negras en pardas, de pardas en blanquecinas, sin que el lector amable recoja otro dato. Lo único que coge es un catarro crónico que le obliga á tomar pastillas del doctor Andreu, y á ir todos los años á Panticosa, donde en confianza cuenta al doctor, y repite á todos sus comensales, que las criminales intrigas y enredos misteriosos de los jesuitas son la verdadera causa de su estado lamentable.

Y no se tenga esto por exageración de parte agravada; que más de una calumnia levantada á los jesuitas, reconoce menos fundamento que el catarro crónico del lector amable.

Completamos ahora los apuntes recogidos por éste, con algunos datos de nuestra propiedad exclusiva.

(Se continuará.)

ROBESPIERRE

(Continuación.)

CUADRO SEGUNDO

Sala en el palacio del Marqués de San Germán, exornada suntuosamente. Las arañas y candelabros encendidos indican fiesta de familia ó sarao. La sala es de paso y atraviesan por ella con frecuencia conversando invitados de ambos sexos.

Escena primera.

EL MARQUÉS DE BONDY.—EL CONDE DE KERGAELL.

DE BONDY.

(Señalando la derecha.)

Mira, Kergaell, qué tiesa va la Presidenta. Parece que se ha tragado el bastón del Mariscal á quien ves pegado á sus faldas haciendo el Cupido.

KERGAELL.

Y advierte cómo todo se encadena. El Presidente hace la corte al Mariscal, el Mariscal galantea á la Presidenta y la Presidenta á ti, Mauricio de Bondy.

DE BONDY.

No extraño que lo hayas notado. Hace tiempo que los ojos de la Presidenta me persiguen, y como son tan grandes...

KERGAELL.

¡Oh! La Presidenta es una beldad...

DE BONDY.

De brocha gorda.

KERGAELL.

¡Bah! Es fama que tu patrimonio anda algo enredado y debes tener pleitos. ¿Tan mal te vendrá contar con el favor de los tribunales?

1 El hecho que vamos á narrar es rigurosamente histórico. Callamos por prudencia nombres y fechas, y advertimos al lector que el suceso no tuvo lugar en España.

DE BONDY.

Mi patrimonio se lo disputan los usureros. Ellos son los que pleitean. Yo no tengo que darme ya esa molestia.

KERGAELL.

¿Por ahí andamos?

DE BONDY.

¿Qué quieres? Los vicios son muy caros y yo sigo el impulso que arrastra á la nobleza francesa por los caminos de la ruina. Dejaremos á nuestros hijos sangre viciada y bolsa vacía. El reino de la igualdad avanza.

KERGAELL.

Te veo dispuesto á cambiar tus pergaminos por el Contrato social.

DE BONDY.

Pues te equivocas. Moriré sin una creencia y sin un escudo; pero con los míos. Y ahí tienes por qué no quiero casarme. No encuentro nada dentro de mí que merezca ser transmitido á mi descendencia. Seré el último de mi raza.

KERGAELL.

¡Pobre Mauricio!

DE BONDY.

¿Crees que la generalidad de los nobles valga más que yo?

KERGAELL.

No lo creo; pero en Bretaña pensamos de otra manera.

DE BONDY.

Sí; allí todavía se cree en Dios.

KERGAELL.

¿Y tú, Mauricio?...

DE BONDY.

Hablemos de otra cosa, Conde de Kergaell. ¿No conoces á un abogado famoso en Arrás que se llama Maximiliano Robespierre?

KERGAELL.

¿Un joven seco, pulcro, que mira siempre de través y habla poco entre nosotros y mucho en los círculos populares? Le he visto aquí varias veces. Creo que es compañero de Enrique.

DE BONDY.

Y amante de su hermana Justina.

KERGAELL.

¿Qué me dices? ¿Y el Marqués lo sabe? No debiera preguntártelo, porque si lo supiera le habría cerrado las puertas de su casa.

DE BONDY.

¡Hum! Le aconsejaría que se anduviese con tiento. Ese abogadillo tieso y frío es una potencia en Arrás. Estoy seguro de que el Presidente le respeta casi tanto como al Mariscal.

KERGAELL.

¿Por ese camino vamos?

DE BONDY.

Sí, y con la velocidad del cuerpo que cae. El último estado aspira á ser el primero, y nosotros le ayudamos graciosamente á suplantarnos.

KERGAELL.

¡Conque Robespierre galantea á Justina! Eso no es serio.

DE BONDY.

Pregúntaselo á ella.

KERGAELL.

¿Le ama?

DE BONDY.

Es evidente, puesto que le oye. Te aseguro además que la espada con que nuestros mayores nos ennoblecieron, no era tan cortante como la lengua de ese legista ingerto en filósofo.

KERGAELL.

Es posible que una hija del Marqués de San Germán...

DE BONDY.

Advierte que antes que hija de un Marqués, Justina es hija de Eva.

KERGAELL.

Si se tratara sólo de pisotear pergaminos, tan capaz creo á Justina de hacerlo como á cualquiera otra de su sexo. Ya sé yo que el amor y el gusto no suelen pararse en fronteras sociales. Pero Justina es

una señorita piadosa, que no hará probablemente nada sin consultarlo antes con su confesor. No puedo creer que consienta en dar su albedrío á un enemigo de Dios.

DE BONDY.

Desengáñate, amigo mío, el amor es incrédulo y se acomoda con todas las religiones. Per otra parte, quizá Justina se proponga convertir á su amante. Meneas la cabeza y haces bien. Las ideas de ese legista deben ser de acero como su rostro. (Mirando por la puerta de la derecha). Pero ahí vienen los dos. Obsérvalos, Kergaell.

(Robespierre y Justina atraviesan la sala hacia el fondo conversando.)

Escena II.

DE BONDY, KERGAELL, JUSTINA, ROBESPIERRE.

KERGAELL.

(En voz baja á su amigo.)

¿Es esa la cara de un amante favorecido?

DE BONDY.

No por cierto. Está cubierta de nubes como cielo tempestuoso.

ROBESPIERRE.

(A Justina.)

Os he dado mi palabra, y vengo resuelto á cumplirla. Pero ¿y si vuestro padre me rechaza?

JUSTINA.

Entonces... ya lo sabéis, todo acabó entre los dos. Os amo; pero nunca os he ocultado que no sacrificaré á este amor mis deberes de familia. Ahora os lo vuelvo á repetir. Pero ¿por qué dais por supuesto que mi padre os ha de rechazar?

ROBESPIERRE.

¿No lo teméis vos también, Justina?

JUSTINA.

Una cosa es que lo recele y otra que dé ya por inolada mi dicha y por vencida mi esperanza. ¿Habéis hablado con Enrique?

ROBESPIERRE.

Enrique también me abandona. Os pierdo, Justina, y el destino parece que se empeña en que no sea sólo mi corazón el pisoteado, sino también mi orgullo y mi dignidad.

(Desaparecen ambos por la izquierda.)

DE BONDY.

(Siguiendo á los amantes con la vista.)

Cualquiera diría al verlos que van representando una escena de tragedia.

KERGAELL.

Acaso escena de celos. Pero aquí tienes á la Presidenta.

(Sale también por la derecha la Presidenta, en medio del Mariscal y del Abate de Rohán.)

Escena III.

DE BONDY, KERGAELL, LA PRESIDENTA, EL MARISCAL Y EL ABATE DE ROHÁN.

EL ABATE.

A fe de caballero, Presidenta, parecéis esta noche á la divina Minerva saliendo de la espuma del mar. Eclipsáis á todas las bellezas del sarao. No puedo ofreceros como el Mariscal los lares de Marte, pero recibid el incienso de un ídolo de vuestras gracias.

KERGAELL.

(A De Bondy.)

¿No fuera mejor que ese mozallete tonsurado dejara el incienso para la Iglesia?

DE BONDY.

¿De qué te maravillas? De Rohán es un pagano como lo somos casi todos. A su noble familia le conviene hacer de él un obispo y le quiere obligar á cantar misa; pero él sigue su vocación y arrastra día y noche su sotana por los salones.

MARISCAL.

(Riendo.)

Es travieso y divertido este De Rohán. ¿No es verdad, Porcia? En la primera campaña le nombro mi capellán.

EL ABATE.

Buenprovecho, Mariscal. Sólo aceptaría en el caso de que mandarais un ejército de Amazonas. Pero allí veo á Mauricio De Bondy. (Los tres se acercan.) ¿Qué tal? ¿Nos fastidiamos mucho, Marqués?

DE BONDY.

Hago lo que puedo, señor Abate. Ya acudiré á vos, cuando necesite ayuda espiritual.

PRESIDENTA.

Andáis muy retraído y huraño, De Bondy.

DE BONDY.

Dispensadme, Presidenta. No siempre me encuentro como ahora bajo las miradas de la sabiduría, representada por la divina Minerva brotando de la espuma del mar. Pero Minerva mucho más poderosa que la de la antigüedad mitológica, porque aquella sólo estaba armada de una lanza, al paso que ésta lo está con dos dardos irresistibles.

PRESIDENTA.

¿Lisonjero! Por lo visto el influjo dura poco.

DE BONDY.

No conviene abusar de nada. Además, de Rohán os dirá que estoy haciendo ejercicios de penitencia.

PRESIDENTA.

¿Es verdad, Abate?

DE ROHÁN.

(Con seriedad cómica.)

No lo dudéis, señora. Un penitente como el Marqués, no puede ser desmentido por un penitenciario como yo.

PRESIDENTA.

Ya veo que sois tal para cual. (A De Bondy.) Adiós, Mauricio, no os olvidéis de Minerva.

DE BONDY.

¿Cómo olvidarla, si me quedo con sus dardos? (A Kergaell en voz baja.) La lisonja es gorda, pero ella tiene buenas tragaderas.

PRESIDENTA.

(Contestando al Abate y marchando hacia la izquierda.)

Sois una mariposa inconstante, De Rohán.

DE ROHÁN.

¿Lo decís porque giro al rededor de vuestra luz? ¡Oh Presidenta! ¡Cuánto deseo quemarme las alas!

(Salen por la izquierda los tres.)

DE BONDY.

Ahí tienes, Kergaell, uno de los últimos ejemplares del clero católico. ¿No te parece que esto anuncia un nuevo orden de cosas?

KERGAELL.

Un desorden querrás decir. Efectivamente, esos abates presagian terremoto. Hay todavía, y no sólo en Bretaña, sacerdotes que son el reverso del que acaba de marcharse.

DE BONDY.

¿Dónde están que no se ven?

KERGAELL.

¡Oh! No los busques en estos sitios. Con todo... (Mirando y señalando hacia dentro.) Allí tienes uno... Mírale.

DE BONDY.

Sí; allí veo á un cura que recorre los grupos de los convidados con una bolsa en la mano... Nuestro venerable amigo el Marqués de San Germán, es muy aficionado á estos contrastes. ¿Conoces á ese clérigo?

KERGAELL.

Sí le conozco. Es el señor Fenelón, caritativo y evangélico sacerdote, que ha fundado en París y está sosteniendo con limosnas un asilo para los niños abandonados. Ahora recorre las provincias, porque el fuego de la caridad se ha resfriado considerablemente en la capital y no da bastante calor á su obra. Es un octogenario... un santo.

DE BONDY.

¿Hay santos todavía, Kergaell?

KERGAELL.

Ahora vas á ver uno, Mauricio.

(Sale un anciano sacerdote de aspecto venerable con una bolsa en la mano.)

Escena IV.

DE BONDY, KERGAELL Y EL SEÑOR FENELÓN.

EL SEÑOR FENELÓN.

Caballeros: en los lugares consagrados al placer y á la disipación, es donde los cristianos deben acordarse más de aquellos de sus hermanos que padecen hambre y abandono. Una limosna por el amor

de Jesucristo, que fundó muriendo en la cruz el reino de los que lloran, para el asilo de los pobres niños abandonados.

KERGAELL.

(Dejando caer en la bolsa algunas monedas.)

Tomad, padre mío. Vasallo sumiso, aunque indigno, del Rey celestial, cuyo nombre habéis invocado, pongo esa corta ofrenda en el ligero platillo de mis merecimientos, para que sirva de contrapeso al de mis culpas en el día de la justicia.

EL SEÑOR FENELÓN.

Dios es infinitamente misericordioso, y vuestras palabras, joven, suenan bien en este recinto henchido de perfumes y de satisfacciones mundanas. Conservad esos sentimientos, que son los de un noble cristiano, y que el Señor os bendiga. (A De Bondy.) Y vos, señor caballero, ¿no tenéis nada que dar para mis niños por el amor de Dios?

DE BONDY.

Señor cura: en medio de la ruina de todas mis creencias, conservo, probablemente de común con vos (porque en vuestra sotana roída y en vuestro rostro penitente leo la sinceridad), el horror á la impostura. Ahí teneis mi bolsa (Se la da.) Pero tened entendido que no os la doy por el amor de Dios, os la doy únicamente por el amor de mis semejantes.

EL SEÑOR FENELÓN.

La compasión no es el amor, hijo mío. No hay amor fuera de Jesucristo. Acepto sin embargo, en su nombre, vuestro donativo, y espero que en las manos de la divina caridad fructifique para vos todo aquello que hay ahora de esencialmente deficiente en vuestra intención. (Mirando á De Bondy con expresión dulce y triste.) Habéis perdido á Jesús, norte de la vida: en los caminos del dolor le encontraréis. Caminos que quizá no estén muy lejos para todos; pero especialmente para los de vuestra raza. Yo rogaré por vos.

DE BONDY.

Como queráis; pero me duele, señor cura, que perdáis el tiempo, vos que lo empleáis tan bien

EL SEÑOR FENELÓN.

Estoy ya con un pie en el sepulcro y mucho más próximo que vos, que sois joven, del día de la verdad. Veo ésta mejor porque la tengo más cerca. ¿Sois feliz, hijo mío?

DE BONDY.

La felicidad es un nombre, señor cura.

EL SEÑOR FENELÓN.

Todos, efectivamente, estamos condenados á llevar la cruz en esta vida. ¡Desdichados los que se afanan inútilmente por echarla de sus hombros! ¡Dichosos los que se abrazan á ella! (Notando un ligero movimiento de impaciencia en Mauricio.) Veo que os molesto.

DE BONDY.

Sois un hombre venerable, y no desco que pongáis á prueba mi respeto. Los niños sin amparo reclaman todos vuestros cuidados.

EL SEÑOR FENELÓN.

Hay hombres todavía más dignos de compasión que mis niños.

DE BONDY.

¿Quizá! Continúad vuestra colecta, señor cura.

EL SEÑOR FENELÓN.

Me duele no poder dejar la paz en vuestro corazón. Hasta la vista. (Sale por la derecha.)

DE BONDY.

Ha dicho hasta la vista. ¿Cree por ventura que le iré á buscar?

KERGAELL.

¿Quién sabe, Mauricio! Las miradas del varón justo suelen penetrar en lo porvenir. Si tú no le vas á buscar, Dios puede hacer que os encontréis.

DE BONDY.

(Mirando por una de las puertas.)

No será para encontrarse con nosotros para lo que viene hacia aquí Maese Robespierre. Dejémosle el campo libre, Kergaell.

KERGAELL.

Como quieras, Mauricio; pero si á mí me tocara la cosa de cerca como á Enrique...

DE BONDY.

El amor es más que rey, es Dios: No le estorbe- mos. (Se alejan por la puerta del fondo.)

(Robespierre sale agitado y mirando hacia la izquierda.)

C. SUÁREZ BRAVO.

(Se continuará.)

HISTORIA DE LAS VIRUELAS

INOCULACIÓN Y VACUNA

No solamente ha expuesto la naturaleza á los seres animados á infinitas causas desorganizadoras, que alterando su fuerza vital, apresuran el momento de su fin, sino que ha esparcido también por el universo grandes agentes destructores, cuya acción, á pesar de no hacerse sentir más que por intervalos, anonada de un solo golpe millares de existencias. Estas plagas, confundidas frecuentemente bajo el vago nombre de peste, ejercían principalmente sus estragos durante el período de la baja edad. Abandonada á un ciego empirismo, la Medicina hacía vanos esfuerzos para arrancar algunas víctimas de los tiros del mal; sin embargo, las desgraciadas poblaciones eran diezmadas con espantosa rapidez, y atribuyéronse desde entonces esas calamidades á venganzas y envenenamientos mientras tenían su origen, primero en la cólera celeste, y luego su fuerza aceleratriz en la ignorancia y preocupaciones de una pretendida ciencia. Entre esos terribles contagios, uno sobre todo continúa infestando con su presencia los lugares que invadiera antes con su acción progresiva y mortífera, habiéndose hecho el espanto de todas las comarcas, y es el de las viruelas. A últimos del siglo pasado extendióse por todas las partes del mundo esa espantosa enfermedad; rara vez dejaba escapar de sus mortales golpes á una sola familia, ó si resistía á los embates del mal el infeliz infestado, achacoso, completamente desfigurado, conservaba toda su vida las huellas del azote que le pusiera á punto de sucumbir. Sin embargo, esas viruelas tan generales y tan universales, encruceciéndose por todas partes, y á veces con increíble intensidad, transcurrieran apenas doce siglos desde que completamente desconocidas, habían tan tristemente revelado por la primera vez su presencia en Europa. La antigüedad no sospechará jamás su existencia, según nos lo prueban los escritos de esos médicos griegos y latinos, en los cuales entre las descripciones tan exactas, y al mismo tiempo tan poéticas de las enfermedades de aquellos tiempos, nada indica, nada recuerda nuestras viruelas.

Marius, Obispo de Abranches, cronista del siglo vi, cuenta que en 570 y en 580, se manifestó en las Galias y en la Italia, por dos veces diferentes, esa enfermedad que él mismo llama viruelas, sea á causa de los granos, várices que cubrían el cuerpo del enfermo, sea á causa del aspecto que daban á la piel los efectos de esa erupción de pústulas, aspecto que llamaban entonces varia. Dagoberto y Clodoberto, hijos de Chilperico y de Fredegunda, sucumbieron á los tiros de este contagio, y más tarde la esposa de Gontrán, Austregilda, cayó también víctima de su furor: joven todavía esta reina, al verse arrebatada en tan breves días, creyó que había sido emponzoñada, y acusó á los que la habían asistido: atroz calumnia que el dolor y la desesperación arrancaron á una princesa más ignorante que cruel. El hábraro Gontrán, para vengar la muerte de su esposa, hizo enterrar vivos á Nicolás y á Donat, médicos infortunados que Austregilda había señalado como á sus asesinos.

Hasta el siglo vii, ni crónica alguna, ni anales hacen mención de las viruelas; pero la invasión de los sarracenos en Europa, nos trajo bien presto consigo esa enfermedad, en tan completo olvido entonces, que algunos autores refieren á aquella época su aparición. Más adelantados que los europeos en el cultivo de las ciencias los árabes de aquellos tiempos, no se contentaron con lamentarse de sus estragos, sino que estudiaron la naturaleza del contagio, y el modo de acudir á su remedio, y uno de los más célebres médicos orientales, el persa Aboubekr Mohammed Rhazes, publicó sobre las viruelas una sabia disertación que, á pesar de todos los progresos del arte de curar desde aquella época, es todavía uno de los trabajos más profundos, hechos sobre esa materia, pero todos los esfuerzos de la Medicina fueron infructuosos, y las viruelas, adelantándose á grandes pasos, iban invadiendo la Europa toda. A los primeros gérmenes del mal esparcidos por la invasión de los sarracenos, juntáronse otros nuevos traídos por las cruzadas, y en el siglo xiii, desde las orillas del mar del Norte hasta las del Mediterráneo estaba todo infestado por la presencia del cruel azote, á que dieran diversos nombres las diferentes naciones: llamábase en Italia variola, en España, viruelas, en Alemania, packen, en Inglaterra, pox, en Francia, picote. El descubrimiento de la América, en 1492, ofreció más vasto campo á los furiosos del contagio, y á medida que se extendían las relaciones y el comercio de los europeos, veíase á las viruelas ensanchar sus límites, sin que los ardientes fuegos de los tró-

picos ni los hielos de los polos fueran parte para detener á la devastadora enfermedad; y hasta en Groeland, en la Siberia, en Kamchatska, en todas partes tuvieron que llorarse víctimas.

Al Oriente debíamos el funesto don de las viruelas, y al Oriente somos deudores del primer medio que haya verdaderamente suavizado su terrible influjo. Hacía mucho tiempo que en Asia, así como en diferentes partes del África, se practicaba la inoculación, es decir que cuando la enfermedad había atacado á alguno, y en vez de declararse con toda su habitual violencia, tomaba un curso menos peligroso, sacábase entonces con una aguja, ó con un instrumento delgado y puntiagudo, pus del enfermo, y con la aguja de él impregnada, pinchábase alguna parte del cuerpo de aquel á quien se quería preservar, el cual sentía las viruelas más benignas, sin peligro y con un grado de intensidad igual al que tenían en el primer enfermo, y como el mal no atacaba jamás, ó casi jamás, dos veces al mismo individuo, quedábase de ese modo preservado de un ataque más maligno. A principios del siglo xvii, el francés Aubry de la Motraye aprendió en Circasia este ingenioso medio de conjurar la enfermedad, mas la que realmente regaló á la Europa la inoculación fué lady Wortley Montagne, mujer tan célebre por su energía como por su mérito literario; la cual hizo ensayar el preservativo en su propio hijo, de edad de cinco años, con éxito bastante satisfactorio; y de vuelta de Constantinopla extendió con su ejemplo en Inglaterra este descubrimiento, coronando un feliz resultado la mayor parte de sus ensayos. En Francia, á pesar de la oposición que encontró al principio en el seno de la Facultad el nuevo procedimiento medical, gracias á los esfuerzos de los La Condamine, de los Helvetius y de los Antonio Petit, adoptóse en todas las escuelas y hospitales, y usóse en las familias, mientras lo propagaban en Holanda Boerhave, un Haller y un Bernouilli en Suiza, y en América un Franklin.

Sin embargo, el mal no estaba destruido todavía; no se pagaba al monstruo tan terrible tributo, pero no dejaba de pagársele aunque ligero. Un hombre concibió la idea de libertar de él completamente al mundo, y de hacer desaparecer, por decirlo así, de la faz de la tierra, á uno de sus más poderosos tiranos. Este hombre era Eduardo Jenner, nacido en 17 de Mayo de 1749, en Berkeley, condado de Gloucester. Jenner era un cirujano que se dedicaba con éxito á investigaciones de anatomía y zoología, cuando algunas observaciones hechas sobre las viruelas decidieron de lo que debía hacer su gloria y colocarle en el número de los bienhechores de la humanidad.

Era una opinión admitida en diferentes condados de Inglaterra, y hasta en algunas otras partes de Europa, particularmente en Francia, el que estaban libres de las viruelas los que conduciendo vacas habían contraído pústulas en las manos. Había ya llamado la atención de algunos médicos esta creencia, que vino á ser preferentemente el objeto habitual de las investigaciones y trabajos de Jenner, el cual se dedicó á una numerosa serie de observaciones sobre el virus variólico, sin que tardase mucho en convencerse de que las pústulas comunicadas por las vacas, por otro nombre la vacuna, era un seguro preservativo contra los ataques de la temible enfermedad; con cuya certeza publicó en 1798 su inmortal obra titulada: *Investigaciones sobre las causas y los efectos de las viruelas vacunadas*. El éxito de ese escrito fué inmenso; traducido en todas las lenguas fué acogido por todas partes con un favor ciertamente bien merecido... La vacuna; es decir el uso del virus de la vaca fué elogiado doquiera contaba la ciencia hombres distinguidos; la Francia y las comarcas del Norte fueron las primeras en acoger la herencia que les legaba el genio de Jenner. En vano algunos espíritus timoratos ó estacionarios intentaron despreciar con razones más ó menos especiosas tan bello descubrimiento, no por eso dejaron de ser más y más numerosos sus prosélitos, y de combatir hasta la muerte para probar de una manera irrefragable la eficacia de su medio preservativo. Murió Jenner el 26 de Enero de 1823, honrado con la estimación general, admitido en el seno de casi todas las sociedades sabias de ambos mundos y bendecido por todos los pueblos. Erigíole su patria monumentos, después de haberle concedido durante su vida gracias y recompensas.

Más de medio siglo ha trascurrido desde que posee el universo el bello descubrimiento de la vacuna, y sin embargo el número de casos de individuos vacunados atacados de la enfermedad ha aumentado sin cesar. ¿Sería sólo temporal la virtud de la vacuna, y debiéramos hacernos vacunar cada quince ó veinte años? Eso es lo que debe decidir la actual Medicina; pero aun cuando así fuese sería comprar bastante barato este remedio contra los

sufrimientos y achaques, y á veces contra la misma muerte; y los detractores de la vacuna no por eso merecerían mayor fe ni serían más razonables.

Dr. R.

ETHNOGRAFÍA

LOS ZINCALIS Ó GITANOS



En España á los zincalis no sólo se les llama gitanos sino también *nuevos castellanos, alemanes, flamencos*, términos casi sinónimos en el habla del vulgo, por lo menos los dos últimos, que se han convertido en voces de desprecio, aunque tal vez primitivamente sirvieron para designar su origen sin ninguna intención infamante.

Pero los gitanos se llaman á sí mismos zincalis, y por abreviatura cales y chai, que son una modificación de *Chal y cheros*, y á un mismo tiempo significan *Egipto y cielo*, como si los zincalis se distinguiesen de las demás razas con el título de hijos del cielo.

Por el siglo xv comenzaron los zincalis á aparecer en España, y en un autor francés citado por Hervas (*Catálogo de las lenguas*, vol. III, pág. 306), se lee: «A 17 de Abril de 1427 aparecieron en París doce penitentes de Egipto, echados de allí por los sarracenos. Traían consigo veinte personas, y se alojaron en la capilla, donde todo el pueblo fué á verlos. Tenían atravesadas las orejas con anillos de plata, el pelo negro y crespo, y sus mujeres, horriblemente sucias, decían la buenaventura como verdaderas brujas.» Tales eran los hombres, que después de cruzar por la Francia y pasar los Pirineos, se esparcieron á bandadas por las llanuras de la España. Por donde quiera que pasaron se miró su presencia como una peste, y no sin motivo: no queriendo ó no pudiendo sujetarse á ninguna ocupación, y mucho menos á un oficio fijo, venían como enjambres de zánganos á echarse sobre el trabajo ajeno; así es que pronto se formó contra ellos una liga general: armados de leyes terribles los agentes de la justicia, comenzaron á perseguirlos, y el pueblo, secundando ó superando la severidad de las mismas leyes, les daba caza y los ahorcaba sin forma de proceso.

De este modo se les recibió en Francia, y por esto muchos se volvieron á los países de donde venían; á Alemania, Hungría y á los bosques de Bohemia; pero no hay duda de que la mayor parte se refugiaron en la península ibérica, la cual, si bien les ofrecía tal vez menos riqueza que explotar, era muy propia para su modo de vivir. Aquí no estaban tan repletos los bolsillos como desearan los gitanos, que se dividían por hacer prueba de su destreza en los empujones y concurso de un día de mercado; de las vigas de la cocina y del hogar no colgaban tantos pernils; en los campos pacían menos bueyes y carneros; pero también aquí ejercían con más impunidad su independencia. Si las guarniciones recibían orden de atacarlos y exterminarlos; si los alcaldes mandaban tocar á rebato, ahí cerca tenían la áspera sierra, donde encontraban sendas excusadas, cavernas, precipicios y espesas arboledas á propósito para burlarse de sus enemigos, é ir á saquear otras comarcas no alarmadas aun. Poco tardaron en conocer todos los escondrijos y rincones de aquellas pintorescas provincias, ya viviendo en la Vizcaya, Galicia y Asturias, cuyos habitantes, si bien casi no les iban en zaga en punto á pobreza, tenían mulos y caballos, que ellos les robaban y se los volvían á vender, después de disfigurarlos ingeniosamente á favor de sus tijeiras; ya prefiriendo el mas fértil suelo de Valencia y Murcia, ó la Mancha, la Extremadura, y mayormente la Andalucía, país abundante en caballos y robustas mulas.

Hay que confesar que, aunque ya llegaron á España ladrones hechos y derechos, no era probable tampoco que los zincalis se volvieresen gente de bien en un país en que la policía ha dejado siempre mucho que desear, ni hay que extrañarse de que los gitanos españoles sean los peores de la raza de los romanyes. El estado de España favoreció las inclinaciones y hábitos de aquellos nómadas, de lo cual se resintieron las poblaciones agrícolas. A veces, cuando aquellas langostas humanas habían devastado un distrito, la venganza de los habitantes suplía por la desidia ó tolerancia de los agentes de la justicia; bien que los gitanos no la esperaban, antes levantaban el campo á la sordina. Abrían la marcha sus asnos, que llevaban á las mujeres y chiquillos; y en la vanguardia los mas intrépidos, armados con escopetas, contenían á la policía rural que osaba

perseguirlos. ¡Ay del viajero que entonces caía en poder de aquellos prófugos! pues no siempre se contentaban con aligerarle del bolsillo, y á menudo dejaban un cadáver en los límites del distrito de que se les echaba como enemigos.

Ni se negaban á un combate, pues tenían sus guerreros; mas en general peleaban á la manera de los parthos, esto es, para proteger una retirada; y aunque sus cantares tradicionales refieren algunas hazañas, con todo anteponian la maña á la fuerza. Un caballo robado no inspira maldito el deseo de hacer una cabalgada *caballeresca*; y además ellos robaban sus caballerías, y las vendían antes de cobrarles apego. Sus campeones mas robustos sobresalían como herreros: establecían sus fraguas en algún umbrío bosque; y derribando alguna encina, convertíanla en carbón, encendíanlo con el enorme fuelle, ponían el metal en el yunque, y admirando las miríadas de chispas, que en torno suyo se desparcaban, cantaban:

Bus de gres chalabas orchais, etc.

«A mi alrededor veo nacer las bellas hijas del fuego, y espirar con gracia después de girar sobre sí mismas en su danza mágica.»

Cada banda ó familia de gitanos tenía su capitán ó su conde, que es como se le designaba generalmente. D. Juan de Quiñones, que en un libro publicado en 1632 dió algunos detalles acerca de su modo de vivir, dice: «Para el cargo de jefe ó conde, eligen los gitanos á aquel que es el más fuerte y animoso entre ellos; y á estas calidades debe reunir la astucia y la inteligencia. El es quien compone sus cuestiones, aun allí donde hay tribunal fijo; él les guía durante la noche, cuando van á robar los rebaños ó á saltar á los viajeros; y el botín no se reparte, sino después de separado para el conde un tercio.»

Como que se les elegía para que mirasen por la tribu ó familia, corrían riesgo esos condes de ser depuestos si no contentaban á sus súbditos.

No era hereditario el cargo; y cualesquiera que fuesen sus privilegios y ventajas, no carecía de inconvenientes y peligros. Al conde le tocaba preparar y llevar á cabo una expedición; y si se frustraba, si no lograba libertar á los que quedaron presos, si les dejaba perecer, él llevaba toda la culpa, y á su vista se nombraba un nuevo jefe, que le sucedía en todos sus derechos. El señor conde gozaba de uno como privilegio feudal: el de cazar con perros ó halcones; pero lo gozaba con riesgo suyo, pues ya se ve que no cazaba sino en tierras ajenas, en las cuales podía muy bien topársele con el verdadero dueño. Una canción tradicional refiere la historia de un conde Pepe, que queriendo oponerse al derecho de caza de un jefe gitano, sólo matándole lo logró. La viuda, como buena gitana, va y roba entonces el hijo del vencedor y le cría entre los suyos. Andando el tiempo, el hijo del conde Pepe, nombrado conde, ni mas ni menos que su padre putativo, quiere cazar en las tierras de su padre verdadero, y mata á éste allí mismo donde cayó antes el otro jefe, vengado así con un parricidio.

He aquí lo que se lee en el *Tratatus de magia*, de Martín del Río: «Cuando por 1584 atravesé la España con mi regimiento, infinitos gitanos infestaban los campos, y aconteció que la víspera del Corpus pidieron se les admitiese en la ciudad para danzar en honra de la festividad, conforme á su antigua usanza. Se les concedió; mas no era aún medio día, y ya se movía grande alboroto á causa de los robos cometidos por las gitanas: en esto salieron ellos por los arrabales, y se reunieron junto á San Marcos, magnífico hospital de los caballeros de Santiago, rechazando á la justicia que quiso prenderlos. Yo no sé cómo fué ello, pero todo se apaciguó en un abrir y cerrar de ojos. Era entonces su conde un gitano, que así hablaba español como un natural de Toledo; sabía todos los puertos, caminos y senderos, la guarnición de las ciudades, el número de habitantes, sus propiedades; en una palabra, nada ignoraba de cuanto al secreto del Estado concernía, y de ello se jactaba públicamente.» Es probable que para Martín del Río era aquel gitano un hechicero; porque en aquella época se les miraba á todos como extranjeros, y no le parecía muy natural que con tanta pureza hablase el idioma castellano.

También en la *Didascalia* de Francisco de Córdoba hallo una anécdota que prueba que los gitanos no temieron envenenar durante la noche todas las fuentes de Logroño: horrible proyecto, que se descubrió por un librero, el cual en otro tiempo había vivido con ellos. Ya una epidemia iba cundiendo entre los vecinos; pero les quedó fuerza suficiente para diezmar á los gitanos, al tiempo en que iban á saquear sus casas, sin aguardar á que hubiesen muerto los dueños.

La España á veces confundió gitanos y moros en una misma proscripción.

Antes de su total expulsión, comúnmente vivían los moros en barrios separados ó en los arrabales, aborrecidos y despreciados por los españoles, conservando sus tradiciones, su idioma y su religión, en los barrios llamados *Morerías*. También en varias ciudades hubo *gitanerías*, como lo prueban algunos nombres de calles, hasta en Oviedo, en donde nadie se acuerda de haber visto un gitano, salvo los días de feria. Difícil sería fijar la época en que se formaron aquellas colonias tan contrarias al genio vagabundo de la raza. Una ley de Fernando é Isabel (1499) nos revela que aquellos soberanos quisieron obligar á los gitanos no sólo á residir en las ciudades, sino también á elegir señores ó patronos cristianos, que respondiesen de ellos. Asimismo varios episodios de la historia y de las tradiciones locales prueban que ellos á veces encontraron efectivamente protección en los nobles de Castilla. Sin duda se acabó por conocer que, reunidos de este modo, eran más temibles en las ciudades que en los campos, ya que otra ley les prohibió que viviesen en un mismo barrio, se reuniesen y se casasen entre sí; ley que modificó, mas no disolvió completamente las gitanerías.

(Se continuará.)

BIBLIOGRAFÍA

La Magia disfrazada, ó sea el Espiritismo: tal es el título que lleva en la portada un hermoso libro, perfectamente impreso, escrito por el Canónigo Magistral de la Primada de Toledo, D. Juan José Benito, ya difunto. El título de la obra descubre, desde luego, su oportunidad grandísima, y el nombre del autor es garantía segura del acierto con que ha tratado materia tan interesante; y por otra parte, este juicio hemos formado al hojear ligeramente la obra.

Pues su importancia exige, y lo mismo que hemos leído nos impone una lectura más detenida y nos pide un poco más de extensión, que desde ahora ofrecemos á nuestros lectores.

Entretanto, debemos insertar la *censura* del doctor Fernández Montaña, censura que entraña la autorizada recomendación, y que dice así:

«Ilmo. Sr.: Cumpliendo con lo que S. S. I. me tiene ordenado desde el último finado mes de Abril, y habiendo leído con el debido detenimiento el manuscrito de la obra que, con el título de *La Magia disfrazada, ó sea el Espiritismo*, ha compuesto el doctor D. Juan José Benito y Cantero, Canónigo Magistral de esta Santa Iglesia Primada, debo manifestar que nada he hallado contrario al dogma católico ni á la moral cristiana en dicha obra; antes me parece trabajo muy útil y digno de la luz pública. El libro es de mucha oportunidad, nutrido de doctrina y muy estudiado: Tertuliano, San Agustín, Santo Tomás, en primer término; Suárez, Victoria, Belarmino, Cornelio Alávide, Maldonado y otros eminentes doctores, son las fuentes principales en que el autor se ha inspirado, habiendo consultado además los más famosos apologistas modernos y los escritores más diestros que han tratado del espiritismo.—Dios guarde á V. S. I. muchos años. Toledo 25 de Mayo de 1885.—Dr. José Fernández Montaña.—Ilmo. Sr. Vicario Capitular.»

El Sr. del Ojo y Gómez acaba de hacer una preciosa edición de la obra de D. Agustín García Arrieta, bibliotecario que fué de los Estudios Reales de esta Corte, titulada: *El Espíritu de Miguel de Cervantes Saavedra ó la filosofía de este gran ingenio presentada en máximas, reflexiones, moralidades y agudezas de todas especies y sobre todos los asuntos más importantes de la vida civil, sacadas de sus obras y distribuidas por orden alfabético de materias.*

Forma la nueva edición un tomito en 12.º mayor, de 198 páginas, elegantemente impreso, con rico papel y tipos hermosos, y se ha hecho una tirada de 334 ejemplares numerados, que se venden á 3 pesetas.

Los pedidos, acompañados del importe, al editor D. José del Ojo y Gómez, calle de San Bernardino, núm. 10, 2.º derecha.

CONOCIMIENTOS ÚTILES

La chimenea más alta del mundo.—La sociedad minera de plomos de Mechornich acaba de construir para el servicio de su establecimiento la chimenea más alta que se conoce: alcanza 134,50 me-

tros, ó sea la altura de seis casas sobrepuestas de las mayores de Madrid. Empezó su construcción en el verano de 1884, y ya en Abril próximo pasado tenía 23 metros fuera de tierra, concluyéndose por completo en Septiembre último.

He aquí las dimensiones principales de esta verdadera maravilla. Los cimientos forman un cuadrado de 11 metros de lado y de 3 metros y medio de profundidad, hecho con piedra de sillería sobre varias capas de hormigón de buena calidad; encima está el basamento, también cuadrado y de 10 metros de altura; sigue el fuste de la columna, ligeramente cónica, que se eleva á 121 metros con 40 centímetros, con un diámetro exterior en la base de 7,50, y en el otro extremo de 3,50, y con un diámetro interior de 3 metros.

Tiene sus adornos correspondientes como filetes, collarinos y demás hechos con ladrillo, dando á la obra un aspecto elegante y hasta artístico, constituyendo así un bonito monumento en la importante región minera donde está enclavada la maravilla que nos ocupa.

Efecto de la sal en el ganado.—Suministrada en dosis moderada, aumenta la sapidez de los alimentos, estimulando el apetito; activa las secreciones de saliva y jugos gastro-intestinales, favoreciendo las funciones digestivas; se opone á la producción de fermentaciones secundarias, que frecuentemente son la causa de cólicos; ejerce gran influencia sobre la nutrición, estimulando la sed y obligando la ingestión del agua necesaria; y conserva á los animales vigorosos y fuertes, con pelo muy lustroso, y les evita que contraigan algunas enfermedades.

La cantidad de sal que puede darse al ganado varía según las especies y régimen alimenticio á que estén sometidos. A los bueyes, por término medio, se les puede dar al día de cinco á seis gramos de sal por cada cien kilogramos que pese la res. Las cabras, diez á doce gramos de sal por semana. Los caballos y mulas la mitad de la dosis que se aconseje para el ganado vacuno: el cerdo de cebo, próximamente lo mismo que puede tomar un caballo. Las aves de corral lo que buenamente quieran tomar.

Tafetanes medicinales.—Se obtienen flexibles y adherentes, empleando buen papel de seda en vez de los tejidos.

Tafetán simple.

Ictiocola.....	32 gramos.
Agua destilada.....	200 —
Alcohol de 21º.....	100 —

Mézclese y extiéndase en caliente la solución en tiras de papel de seda, que se seca al aire.

Tafetán hemohostático.

Ictiocola.....	32 gramos.
Agua destilada.....	300 —
Solución de percloruro de hierro.....	20 —

Extiéndase uniformemente sobre el papel tafetán simple.

Tafetán de árnica.

Ictiocola.....	32 gramos.
Agua destilada.....	150 —
Tintura de árnica.....	200 —

Extiéndase en caliente sobre el papel tafetán simple.

Trasmisión de la viruela por una carta.—En un periódico inglés refiere el Dr. Karkeek el siguiente hecho:

«Hacia ya varios años que no había ocurrido ningún caso de viruelas en Saint-Marychurch ni en Torquay; el 1.º de Marzo último fué atacada por ellas una criada que no había tenido contacto con nadie que padeciese dicha enfermedad; pero las averiguaciones hechas descubrieron que había recibido una carta de una hermana suya, que se hallaba con viruelas en el West Bromwich Smallpox Hospital.»

La posibilidad de la trasmisión de las fiebres eruptivas por cartas se ha invocado á menudo; los ejemplos de ellas no son raros, pero el hecho actual reúne muchas probabilidades de certeza, por lo cual conviene registrarlo en los anales de la literatura médica.

Restauración del color de las telas.—Comúnmente se emplea el amoniaco para neutralizar los ácidos que destruyen el color primitivo de las telas; pero para obtener resultado debe ser la aplicación inmediata. Después de un uso moderado del amoniaco, el cloroformo da á los colores un buen lustre. Las buenas telas y artículos teñidos con los derivados

de anilina que palidecen á la luz, recobran su brillantez primitiva, después de frotarles ligeramente con una esponja impregnada en cloroformo, bastando ésta tal como se halla en el comercio, sin necesidad de purificarla.

Preparación de algunas bebidas alcohólicas. — El *coñac* es un aguardiente de color amarillento, debido á una materia orgánica tomada de los toneles y á un poco de azúcar quemada. El *ron* es una bebida alcohólica obtenida de las melazas del azúcar de caña ó del zumo de caña fermentado, coloreado con clavo de especia, brea, etc. La *Ginebra* es un aguardiente fuerte destilado sobre bayas de enebro. El *kirsch* ó *kirschwasser* es un líquido alcohólico, obtenido por destilación del zumo fermentado de cerezas negras bien maduras, las cuales se reducen á pulpa y se dejan fermentar. El *marrasquino de Zara* le obtienen en Dalmacia, por fermentación del zumo de ciruelas y albaricoques. Y el *whisky* le preparan en Inglaterra con cebada germinada pura, haciendo fermentar la infusión con levadura de cerveza. Para preparar los licores se maceran en alcohol diversas partes vegetales, se destila y agrega una cantidad de azúcar, coloreándolos y aromatizándolos con diversas sustancias.

Tinta para escribir. — Se prepara muy buena con la siguiente composición:

Nuez de agallas.....	1.000 gramos.
Campeche.....	75 —
Agua pura.....	5.000 —

Se calienta hasta la ebullición durante dos horas, y después de filtrado se añaden 500 gramos de sulfato de hierro y 550 gramos de goma arábiga disuelta en 2.500 gramos de agua. Se deja en reposo al aire libre durante tres días, se decanta, se aromatiza con un poco de esencia de espliego ú otra, y se embotella.

Canal de navegación. — Hace tiempo que se estudia un proyecto de unir el mar Báltico con el del Norte por medio de un canal de navegación al través de Holstein, y parece que el proyecto está en vías de realización. El coste de las obras se evalúa en unos doscientos millones de pesetas, de las cuales satisfaría Prusia la tercera parte, y el resto los demás Estados que constituyen el Imperio alemán. El canal partiría de Kiel, siguiendo en dirección SO. hasta desembocar en el estuario del Elba, ocupando una longitud de 27 kilómetros, y teniendo la amplitud y profundidad suficiente para permitir el tránsito de buques de gran porte.

Túnel acueducto. — Prosiguen actualmente en Nueva York las obras del nuevo acueducto para conducir las aguas potables del lago Crotón al gran depósito central, ocupándose unos 6.000 trabajadores en los trabajos de perforación de un túnel de 28 millas de longitud. Las obras se supone terminen á últimos del año 1887, y su coste que sea 60.000.000 de duros. Además de los 6.000 mineros hay otros 2.000 trabajadores ocupados en obras exteriores, y el correspondiente personal facultativo para la dirección de los trabajos.

Mástic para la piedra. — Un diario americano publica la siguiente receta para unir las piedras entre sí ó para asegurar en ellas los hierros en sustitución del mortero, yeso ó plomo en el último caso.

Basta amasar el protóxido de plomo en polvo muy fino con glicerina en las proporciones convenientes hasta que resulte una pasta fácil de emplear, según el uso á que se destine.

Las particularidades notables que distinguen á este mástic son: la de endurecerse rápidamente, ser insoluble en el agua y no dejarse atacar más que por los ácidos muy enérgicos. De modo que para resistir las influencias atmosféricas es inmejorable su empleo.

La purificación del agua al alcance de todo el mundo. — Nuevos ensayos y experiencias sobre este asunto de que tenemos noticias, nos inspiran las siguientes líneas en bien de todos.

Un periódico de Chicago dice que el agua potable en Pietroburgo contiene tan sólo 300 microbios por centímetro cúbico, y sin embargo, en el depósito de donde procede el líquido llega aquella cifra á 10.000 gérmenes orgánicos por igual cantidad de agua; repetidas las experiencias por los laboratorios municipales de América, se comprueba el hecho de que tan pronto como empieza el movimiento del agua principia su purificación, que es tanto mayor,

cuanto el trayecto de la corriente alcanza más longitud y más velocidad.

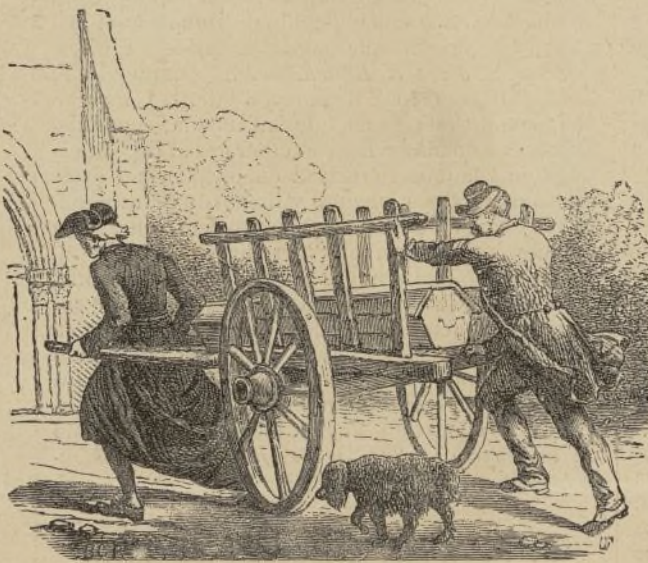
Por lo tanto, la cuestión queda reducida á agitar las aguas todo lo posible y durante el mayor plazo de que se disponga, importando poco el medio que se emplee; así pues, que disponiendo paletas montadas á un eje en movimiento de cuantas maneras discurra, siempre resultará un purificador del agua.

De modo que cualquiera puede preparar el aparato purificador valiéndose de los medios ordinarios de que se dispone en una casa, aun de las más modestas, unas veces sacando jarros de agua y vertien-



LA ORFANDAD AL PIE DE LA CRUZ.

dolos en la misma tinaja; otras montando sobre ella una cadena sin fin, provista de canchales, la que dando vueltas por medio de un manubrio, conseguirá el efecto deseado; y por último, puede montarse una batidera de las infinitas que se conocen, la cual, dotada mecánicamente de un movimiento de rotación, consiga asimismo igual resultado.



ESCENA DEL CÓLERA EN ITALIA.

Sin embargo, el ideal de un aparato purificador sería el siguiente:

Supongamos una serie de platillos que se montan en sentido horizontal por sus centros á un eje (estos platillos deberán tener la forma de palanganas algo aplanadas), y que sobre el superior cae, mediante una bomba por ejemplo, ó ya directamente del depósito, un chorro de agua más ó menos dividido y al mismo tiempo se anima el eje de un movimiento activo de rotación; es claro que entonces el agua, circulando rápidamente dentro del platillo, se proyectará afuera por sus bordes á causa de la fuerza centrífuga; en este caso, otro platillo anular y fijo puede disponerse de modo que recoja dicha agua sin perderse una gota, y reuniéndola en uno ó varios caños, verterla de nuevo hacia el centro del platillo inmediato inferior, para que se repita otra vez lo indicado anteriormente, y de igual modo cuantas se crea oportuno, según el número de platillos de que conste el aparato, hasta que el último anular, al recibir el agua, le dé salida por multitud

de agujeros, que reuniéndose en un tubo común, la lleven á su destino.

Dicho aparato debe montarse al aire para que circule libremente este fluido, que es un elemento purificador por excelencia; y los platillos y tubería, que deberán ser de hierro, se cubrirán de esmalte de porcelana ú otra materia indisoluble.

De este modo las aguas se purificarían, según experiencias análogas, en un 90 por 100 de sus gérmenes orgánicos.

MISCELÁNEA

El Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Vich, que con tanto afán persigue la idea de la restauración de Santa María de Ripoll, precioso monumento del arte cristiano que sacrilegas manos profanaron, ha estado unos días en Barcelona para allegar recursos con que hacer frente á los numerosos gastos que tal restauración producirá, y al efecto ha nombrado una Junta compuesta de las personas siguientes:

Dr. D. Juan Codina, Arcipreste de esta santa iglesia, presidente; D. Elías Rogent; Dr. D. Buena-ventura Rivas; D. Carlos de Fortuberta; D. Jacinto Verdagué, presbítero; Sr. Marqués de Ciudadilla; D. Eusebio Güell y Bacigalupi; D. Pablo Parosols y Pi; D. Víctor Gebhardt; Sr. Marqués de Dou; Marqués de Camps; D. Mariano Aguiló; D. Cayetano Vidal y Valenciano; D. Joaquín Rubio y Ors; don Francisco Maspons y Labrós; D. Manuel de Bofarull; Dr. D. Antonio Estalella; D. César Augusto Torres; D. José Cuadras y Prim, y D. Francisco Miguel y Badía.

En la reunión que tuvo lugar para tal objeto, hubo la más perfecta unidad de miras y mucho entusiasmo. Se expusieron atinadas ideas para el mejor logro del asunto, y el canónigo de Vich, Dr. D. Jaime Collet, amigo íntimo del príncipe de los poetas catalanes, Sr. Verdagué, leyó un fragmento del precioso poema de este último, titulado *Canigó*, en la parte referente al monasterio de Ripoll. Inútil es manifieste el gusto con que veríamos se llevase á cabo tan grandioso proyecto, con lo cual una vez más quedaría probado que sólo la Iglesia es la que tiene verdadero amor al arte.

El indicado monasterio, destruido por los vándalos del siglo XIX, ha estado muchos años en poder del Estado, y hace poco fué cedido al Sr. Obispo de Vich.

Leemos en un periódico lo que sigue, que reproducimos en obsequio de la institución, tan provechosa y benéfica, de las tiendas-asilos establecidas recientemente:

«Prestan, dice, un verdadero servicio á los pobres, y lo prestarán más aun si se corrigen ciertos defectos de organización notados por las personas prácticas en asuntos de pública beneficencia.

«Lo que principalmente se nota es la necesidad de acomodar en todo lo posible los gastos á los ingresos producidos por la venta. Fiar las obras benéficas á los donativos particulares es empresa en que sólo la caridad cristiana puede salir airosa, como son ejemplos elocuentísimos los ofrecidos por innumerables asilos de ancianos que han fundado en España las Hermanitas de los Pobres. Pero la Beneficencia ya puede contentarse con dar con una mano lo que por la otra recibe, y ya es esfuerzo digno de alabanza el de saber reunir el capital indispensable para empezar.

Por eso los antiguos, más sabios que los modernos en muchas cosas, permitían la amortización de capitales á beneficio de semejantes obras. Pero hoy, con la legislación que rige, ¿sería posible dejar un capital á favor de las tiendas-asilos? ¿Quién se atrevería á efectuarlo sin las garantías que al efecto prestaban las leyes antiguas?»

Dos atenienses acaban de descubrir cerca de Kaminia, en la isla de Lemnos, una piedra sobre cuya parte superior se ve á un guerrero que blande una lanza. Al rededor de la figura aparecen trazadas en todas direcciones líneas de caracteres griegos arcaicos, que hay que leer de derecha á izquierda.

Ciertas particularidades que se notan autorizan la creencia de que la inscripción se debe á los antiguos tracios, ó bien que se refiere á los idiomas pelágicos.